



Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2020

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2020

Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2020



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA





Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

César Antonio Barba Delgadillo
Dirección General del Sistema
de Educación Media Superior

Ernesto Herrera Cárdenas
Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior

Lilia Herlinda Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior

Missael Robles Robles
Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición digital, 2021

Coordinación
Lilia Herlinda Mendoza Roaf
María Adriana Sotelo Villegas

Compilación
Lilia Herlinda Mendoza Roaf, María Adriana Sotelo
Villegas, Luis Martín Ulloa, Sergio Guillermo Figueroa
Buenrostro, Silvia Magdalena Quezada Camberos,
Laura Nicté Solórzano Pérez, Óscar Daniel Gómez
Mendoza, Andrea Monsserrat Torres Vaca

Autores
© Ana Gabriela González Martínez, Federico de Jesús Jiménez Huerta, Vanessa Cabuto Enríquez, Cina del Carmen Aguiñaga Morales, José de Jesús Aguilera Silva, Gabriela Guadalupe Sepúlveda Vázquez, Andrea Lizbeth Guzmán Lima, Berónica Palacios Rojas, Alma Yazmín López Magaña, Miguel Marentes Ruiz, Dante Alejandro Velázquez Limón, Víctor Villarreal Velasco, José de Jesús Cruz Flores, Fátima Osuna Montes, Christian Alejandro Anguiano Molina, Andrea Cecilia Madrigal Sánchez, Héctor Adrián Ramos López, Álvaro Rico Chávez, Pedro Valderrama Villanueva, Atzimba Mondragón Galindo, Sergio Alexis Orozco Mendoza, Samuel Aguilar López, Miguel Ángel Galindo Núñez, Mario Alberto Hernández Wenceslao, Natalia Concepción Betzabé López Madruño, Xóchitl Ramírez Hernández, María Guadalupe Corona Santana, Dalia Dueñas Covarrubias, Iván Rivera López, Ricardo Tonatiuh Figueroa López, Ramón Zúñiga Montero

Ilustraciones
© Pedro Paredes Goche

Mar de voces: antología literaria de docentes del SEMS 2020 / Coordinación y compilación Lilia Herlinda Mendoza Roaf, María Adriana Sotelo Villegas, Luis Martín Ulloa... [et al.]; autores Ana Gabriela González Martínez... [et al.]; presentación César Antonio Barba Delgadillo; ilustraciones Pedro Paredes Goche. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Editorial Universidad de Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Sistema de Educación Media Superior (SEMS), 2021.

A la cabeza de la portada: Poesía. Cuento. Microrrelato

ISBN 978-607-571-131-7

1. Antología literaria. 2. Cuentos mexicanos-Colecciones
3. Poesía mexicana-Colecciones. I. Mendoza Roaf, Lilia Herlinda, coordinadora II. Sotelo Villegas, María Adriana, coordinadora III. Ulloa Luis Martín, Luis, compilación IV. González Martínez, Ana Gabriela, autor V. Barba Delgadillo, César Antonio, presentación. VI. t. Antología literaria de docentes del SEMS 2020

868.5 .M29 2020 CDD
PQ7235 .M29 2020 LC

D.R. © 2021, Universidad de Guadalajara



Sistema de Educación Media Superior
Liceo 496
Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco



José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

ISBN 978-607-571-131-7

Marzo de 2021

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Presentación

El Sistema de Educación Media Superior (SEMS) de la Universidad de Guadalajara presenta por tercera vez la antología *Mar de voces*, ahora en la edición 2020. Aquí, el profesorado del SEMS ha hecho gala de sus dotes narrativas y poéticas, a través de la escritura de cuentos, poemas y microrrelatos.

Esta antología sirve como un escaparate para los docentes del SEMS, quienes además de ofrecer a sus alumnos herramientas para su vida académica e incluso personal, ahora presentan de primera mano su visión sobre el mundo y las problemáticas de la vida actual. Porque, si acaso no fuera suficiente su labor diaria frente al estudiante, esta otra manera de plasmar sus ideas funge un papel no sólo artístico, sino vocacional ante los ojos que los leen. Así, *Mar de voces* recopila lo mejor de quienes, además de brindar conocimiento, realizan el quehacer de la escritura.

El ejercicio literario que aquí exponen los docentes se vuelve una reflexión sobre su postura ante la condición humana, la sensibilidad, la cotidianeidad, la violencia actual, el amor, el placer, la muerte, la melancolía por el pasado, la tristeza, el tiempo, la soledad y el arte. En el constante crear y recrear de situaciones (a veces inspiradas en hechos reales, a veces ficcionales, y a veces un poco de ambas), lo que en verdad importa es la visión que se plasma en conjunto.

Esta visión, en ocasiones demasiado cruda y en otra dulce y sutil, se acerca al lector como algo personal y por ende real e íntimo. Es por ello que, en cada página, en cada letra y en cada verso, se hallan sumergidas historias que surcan desde lo más profundo y permanecen estáticas en el tiempo y en el espacio, como lentificadas, esperando ser apresadas por una tripulación de lectores.

Para nuestros escritores, la época y el lugar quedaron suspendidos entre sus ficciones tácitas y visiones oníricas o realistas, bien logradas

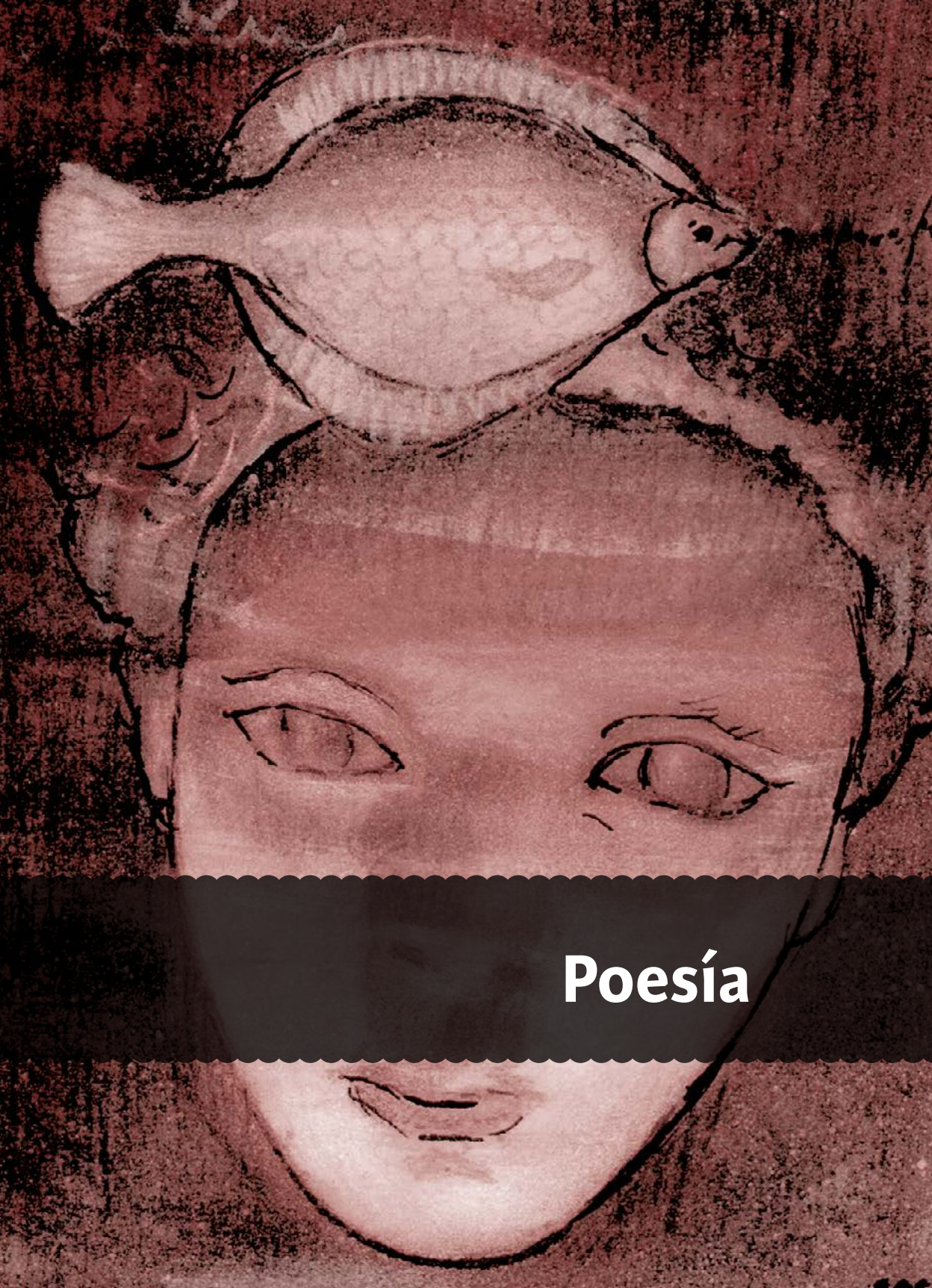
por su capacidad fantástica. Nos hacen reflexionar o recordar pasajes de nuestra propia vida o situaciones vividas a través de los personajes presentados, así como sensibilidades cercanas a nosotros. Entre atmósferas y escenarios familiares, gracias a su basta imaginación, nos comparten el patrimonio de su memoria.

Mar de voces es la íntima expresión de viajeros que comparten con su narrativa o poesía la belleza o fealdad del mundo cotidiano. Aromas y colores que nacieron entre palabras prestadas y propias, ahora se materializan en auténticas creaciones. Asimismo, los lectores se llevarán una grata sorpresa porque sus profesores han tenido tiempo para dar evidencia de sus talentos, ahora en tinta y papel.

En definitiva, es un orgullo universitario contar con docentes comprometidos y talentosos que invitan con el ejemplo a enriquecer el mundo de las letras con sus aportaciones literarias y dan muestra de cómo el lenguaje escrito es una forma de inmortalizar los momentos más importantes en la vida de los seres humanos, así como la posibilidad de comunicar los valores universales que nos forman como mejores personas.

César Antonio Barba Delgadillo

Director general del SEMS



Poesía

Ana Gabriela González Martínez

Preparatoria 12

Las tres estaciones

I

No hay un sitio a donde pueda voltear
y mirarte,
pero tu sombra ya emprende el vuelo
se cimbra en la luz del agua.

Navegas entre el asombro de ser duda
o la fuerza de una palabra pronunciada.

Todo es incierto en ti,
no hay forma de nombrar al orden,
derrumbas la lógica del tiempo:
puedo recordarte desde el futuro
y añorarte sin presente
es igual.
Puedes nacer y renacer a cualquier hora,
te creas a fuerza de ilusiones,
te escucho en el pensamiento,
atónita de luces
de risas nuevas.

II

Vuelvo a mi sillón de domingo,
en donde aún no estás
y en un vértigo de saliva naces en forma de pregunta
¿cómo volveré a saber que eres tú?

Algo me vas a dejar en la sangre
y un llanto mío viajará contigo por todas las latitudes.
Sabré de ti, quizá, por la forma de los árboles
o por el olor del viento.
Habré aprendido entonces que no dejas de latir nunca.

III

Un silencio,
un compás y una certeza...
Puedo mirarte.
Ahora conozco el eco de tu llanto
y le he dado forma a este hueco de tus alas.

Llegas
y llego contigo a la tierra,
a trinar y a reír sin importar el sol.

Tu nombre surge de un puñado de hojas sueltas
y cuando me dirijo a ti
nombro al universo en interminables posibilidades.

La vida nos arde:
Tú, al fin,
vuelas.



Tributo

Mi cuerpo es una llama que se extingue,
ardo en la sombra de mi propio juego,
escupo fuego en donde nadie puede verme,

brillo en silencio cuando un dedo me apunta
hacia el rincón en el que debo estar callada.

Afuera desvanezco al tiempo con mi ráfaga de luces,
adentro mi llanto es eco del temblor de un ciego.

No existo bajo la luz latente de la mano que me envuelve.
No siento pena
ni muerte.
Ni en la luz misma
ni fuera de ella,
tu voz alcanzará mi furia.



Muerte prematura

El dolor es un hilo animal.
La sangre brama
en dirección opuesta
a mi propio entendimiento.

Me reconozco en el silencio
del cuerpo que me habita.
La sangre aúlla,
primero lento
luego, vibra.

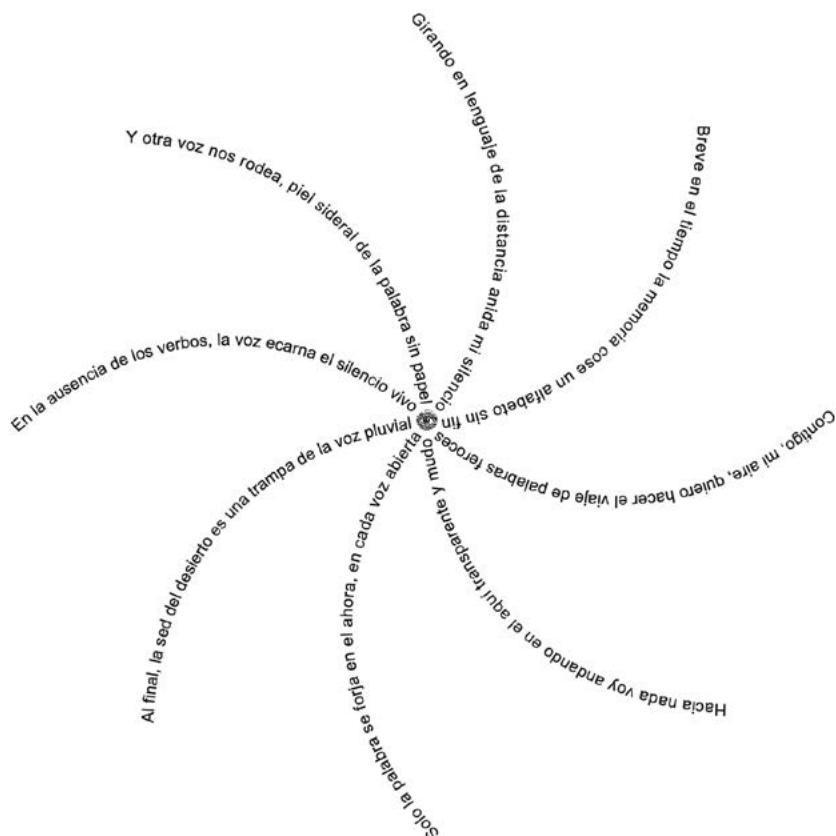
Soy el torrente de mi propio nombre.
La sangre gime...

Ahora mismo enciendo
la llama de mi vientre
que se apaga para siempre.

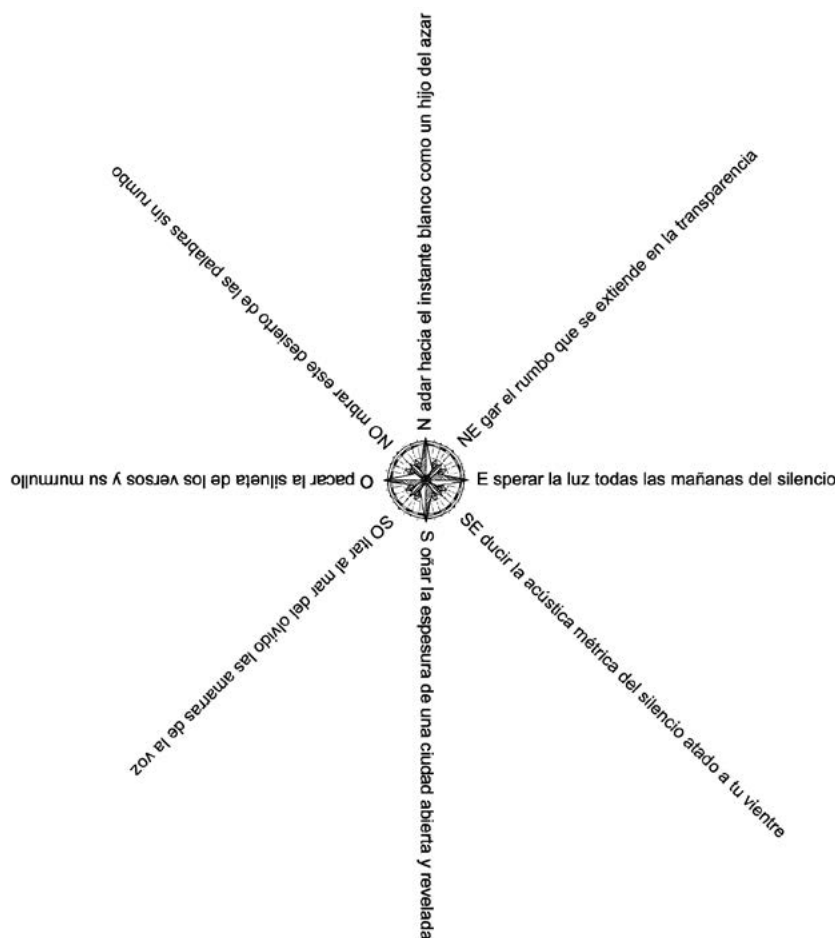
Federico de Jesús Jiménez Huerta

Preparatoria 18

Galaxia

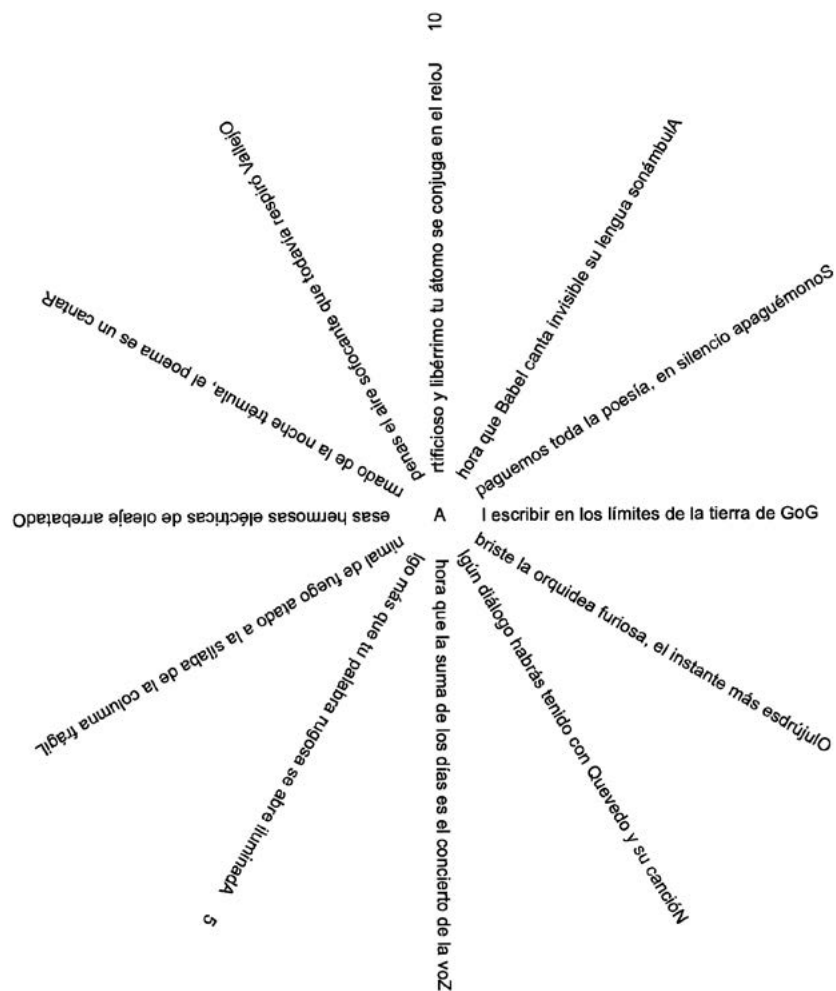


Rosa de los vientos



Faisán

A Gonzalo Rojas



Poema concéntrico en tú

A Álvaro González de Mendoza

Un poema está aquí
Trazando su raíz hacia la periferia de otras miradas
Rugiendo en voces las neuronas acústicas nacidas del vientre oscuro del silencio
Hundiéndose en su silbido desnudo en los cuerpos transparentes de la sed, abriendo que te atropas, si te vuelves otra raíz de los deseos inundados de tiempo
El poema está aquí, allá tú si se hace poesía oxidada, allá tú si te rasguña en el silencio que te atropas, si te vuelves otra raíz de los deseos inundados de tiempo
Allá tú si otras miradas le dan cualquier forma, si otra lengua desdice su breve aire vagabundo, y en la sequía, otro color le siembra formas, si solo es una aparición para quienes nada saben de ti
Allá tú si eres un poema leído por estas palabras, si rompes el azar de los ecos del otro que te escribe, allá tú que eres carne y hueso transformado en palabras, árbol enraizado a otras lenguas, sombra de esta voz, cometa que calla



Fibonacci

¿qué
deseo
trasmigro
en silencio por todos
como si de un viaje ni alfabeto
regara la oscura materia del tiempo sobre otros cuerpos
sobre otras palabras que trepan este equívoco de no ser o desnombrar otros ecos eternos



Vanessa Cabuto Enríquez

Preparatoria 12

La angustia del blanco

Sobre la angustia del blanco
tus ojos dan vueltas
dentro de una espiral
que no reconoce
las cuadraturas de la habitación.

¿Cómo se cura la enfermedad de la vida?
No debiste nacer,
pero te trajeron.
Tus alas abiertas no levantan vuelo
eres espiga en un terreno
sin sol.

Aquí están ellos acomodados
tras las gafas de su sabiduría
pretenden nombrar
con palabras de ciencia
lo que hay detrás
de la noche de tu mirada
lo que esconden los pliegues de tu voz.

Les digo con gritos de trueno
que sus palabras de ciencia
no podrán tocarte
que sus premoniciones no atravesarán tu piel.
Ellos no conocen
el mediodía de tu sonrisa

la elasticidad de tu alegría.
No saben lo que hay
en esa resistencia tuya
en la de tu ala rota
en la lejanía del rencor.

No debiste nacer,
pero te trajimos.

Sobre la angustia del blanco
continúas recostado
tus ojos dan vueltas
dentro de una espiral
que no reconoce
las cuadraturas de la habitación.

Estoy sentada en la cabecera
atenta al flujo sanguíneo que brota de tu pecho
por si quieres preguntar
cómo se cura la vida.



Sin sodio añadido

La vida de ahora
e s l i g e r a
está embotellada
y tiene tapadera azul.

Es cierto
alguien cambió el engranaje del minuterio
la mañana y la noche se fundieron

en un horizonte
de luz artificial.

Las manecillas no dan más vueltas
tras el segundero.

La arena del tiempo
se precipita a una vertiginosa caída
de olvido e insatisfacción.

¿Quién compró el presente
que apenas el hoy
ya es ahora caduco?

¿Dónde buscaremos los pasos del ayer
quién nos librará de la verticalidad del tiempo
de la inexactitud con que transcurre el calendario?

La vida de ahora
no tiene mañana ni ayer
es incolora
inodora

Sus restos yacen apilados entre plásticos
confían en la triste promesa de mil años para su degradación
mientras flotan indiferentes en las barbas del océano.



Cina del Carmen Aguiñaga Morales

Preparatoria Regional de Arandas

Incertidumbre

Como agua te vas entre mis manos,
las mismas que tantas veces me han tocado,
recorriendo cada parte de mi cuerpo,
hasta tenerlo completamente extasiado.

Como esa agua das frescura,
revitalizas mi ser sin fe y sin gloria,
¡qué extraño!, parece una locura,
y al final, sólo es una historia.

Me tomas y te vas de nuevo,
como lluvia fresca de temporada,
y sin caudal desapareces,
mientras yo, en silencio, ilusionada.

El nuevo temporal es muy incierto,
perteneces a otra tierra, a otra alma,
a otro tiempo, a otra historia,
nada entre nosotros, sólo calma.

Quedan mil preguntas, mil recuerdos,
un caudal aún incierto,
¿en dónde estás, a dónde corres?
mi corazón dejas desierto.

Extinguiéndose un suspiro
la esperanza está muriendo,

no hay respuesta, no hay futuro,
la sed mi cuerpo recorriendo.

Si un día llegaras
a saciar esta sequía,
no te asustes, es mi alma,
que, aunque muerta, es la mía.



José de Jesús Aguilera Silva

Preparatoria de Tonalá Norte

Mi amigo Artaud

I

Conocí a Antonin un día en la biblioteca
el olor a libro recorría los pasillos
afuera llovía
Los días se desdoblaban de a poco
como si alguien los jalara para enrollarlos en el dedo.
Su voz crujía en los muros
era un ruido como de témpano
un grito de manicomio que se estiraba
Yo enmudecía de tanto mundo
caminaba como despojado del tiempo
La ciudad se me cerraba en la boca
y la mano temblaba por el encuentro.

Artaud gritaba desde el fondo de su vientre
me decía que los médicos mienten
que hay voces en los muros
que se contienen de reír
y de llorar para que la gente no tema.

Lo conocí un día que la garganta se me hacía un nudo
Eran las palabras y la poesía
arremolinándose
carcomiendo la idea
y la palabra
Lo escuché hablar de los tiempos y de las horas

me hizo entender a Pessoa
y desconocer a Eliot
Me hizo saber que el tiempo no existe
que las palabras son un tímpano
que las imágenes están vivas
y se retuercen en las manos
en espera del vocablo exacto.

Conocí a Artaud un día que me quedé sin palabras
un día que fui tímpano
y nada.

Su voz era el grito contenido
era mil infancias
Trago amargo y dolor en alguna parte del cuerpo
lo escuché gritar en los libros de la biblioteca
lo vi desdoblarse en los pasillos de la facultad
Era una mirada ardiente
en busca de las palabras exactas para decir el mundo
Supe de su angustia y su indiferencia
Supe de todas sus cartas escritas en arrebatos
lo vi moverse lento y en círculos en el salón
Escuché su carcajada burlona
cuando el maestro hablaba de semántica
vino y me tomó de la mano
Me hizo escribir cartas de reclamos
a Dios
al tiempo (que también es Dios)
a las horas y a los días
al cuerpo que se enrosca en las manos
a las palabras que nunca salen
y se aglutinan en el vientre.

Conocí a Artaud un día
caminaba por los pasillos

se adhería a los muros de los edificios de la facultad
reía a carcajadas cuando alguien filosofaba
En el jardín repleto de humo
enmudecía
Sus labios sólo se abrían para blasfemar
o insultar a la autoridad en turno
Me decía que las hojas de los árboles
dicen toda la verdad del mundo
que las manzanas deben estar podridas siempre
que el frío Ártico es abrasador
y que las ideas flotan sobre el asfalto.

II

Artaud caminaba en silencio
perseguía témpanos
y luciérnagas
Escapaba del manicomio
pensando en los días
y en las palabras
Se detenía de vez en cuando
y escribía en la arena del parque
cosas indescifrables.

Encontré a Artaud un día
hace una década
Él perseguía murciélagos
y palabras
Se despertaba del dolor
de cabeza y caminaba por los hilos
delgados del pensamiento
Yo caminaba las horas y los días
pensaba en el autobús
sentía cómo el sol se metía por mis poros
y se volvía palabras

o témpanos en la garganta
sus manos sostenían libros
incomprensibles
Sus dedos estaban llenos de lenguas
de fuego furiosas
que lo decían todo
su voz era un incendio en los pasillos de Letras
yo guardaba silencio.

Conocí a Artaud un día
mientras la cadera dolía como ha de doler la vida
Mi cuerpo temblaba de dolor de ser
Mis manos se sujetaban fuerte del sillón
de los muros
de la muerte.

Conocí a Artaud un día
mientras leía un poema extenso
y pensaba que la vida es breve
y las palabras muy largas.



Gabriela Guadalupe Sepúlveda Vázquez

Preparatoria 19

Matamoscas

Mosca, pelotón de membranas.
Una de ellas reconoció mi pómulo,
cóctel a medida.

Mosca que simula ser ave de rapiña,
tan blanda y astuta,
en credo existe
draga, muerde y burla,
así la muerte encuentra vida
desde el antojo nacido en sus ocelos.

Ocurrencias etéreas,
no la busco, pero encuentra,
te invento en polvo de mosca
para creer que tu cuerpo
duerme en cenizas.



Pluma disfónica

Cuando un padre muere
el tiempo enflaquece,
la vida es una palabra reseca
en los labios de últimas voces,
los rincones son vestigios

para guardar memorias,
—sin ojos.

El sol es una pronunciación obligada
y los abrigos mueren en frío,
los pájaros trinan,
—sin traductor.

Cuando un padre muere
los ríos se arrastran sin habla,
jugamos a ser adultos en tronos de fango.
Los pequeños montículos de caricias semanales
no barren mejillas
los espejos no se reflejan
nacen las voces,
—sin partera.

Cuando un padre muere
se tejen relatos que no existen,
se esfuma la canción de cuna
cesan los diminutivos de tus nombres,
—sin labios.



Bajo su propio riesgo

Hoy escuché que los mundos se agotan.
Entre los gestos de mi sábana,
mis costillas han creado un nido,
se columpian.
Somos días de guardar.
Un ojo barre el polvo de mi ventana,
sueño con pestañas nenúfares.

Cantan distinto los pájaros,
sus pechos son puertas que se abren por dentro.
Descubro que la línea azul de mi calendario me recuerda,
mi almohada lo inmortalizó.

Sueño el juego del eremita,
sus pasos son lentitud y los míos reposan.
Soy cuando aprendo a hablar con animales,
pero sus voces son pasos de conversión.



Andrea Lizbeth Guzmán Lima

Preparatoria 19

Mi casa nunca está en silencio. Las paredes delgadas transmiten los gritos de los niños del cuatrocientosdos, los ladridos de los perros incontables, el deambular de pies por la sala, el danzar de muebles; la mesa, la ventana abierta, la silla que sufre. Escucho la molestia de la madre, el reclamo de la hija. Huele a mole recién hecho, pienso mientras miro el guayabo octogenario que hay entre las torres departamentales. Huele a casa vieja, usada. Siento las vibraciones que se esparcen por toda la estructura producto de una azotada puerta iracunda. Colmena zumbante. Mi casa nunca está en silencio, hasta hoy que ya no se escuchan las risas por comer una paleta helada. Hasta hoy que ya no puedo colgar mis orgasmos en la pared, ni mis llantos, ni los dobleces de la ropa recién lavada. Los espejos comenzaron a tener sentido porque ya no me veo en ellos. Mi casa ahora son mis huesos vacíos de tus manos que cantan ecos aprendidos. El sonido está aquí, adentro. Retumbo. Mientras afuera, el guayabo, en silencio, florece.



Berónica Palacios Rojas

Preparatoria Regional de Chapala

No permitiré...

Al Cholo Voltios

1

No permitiré que tu recuerdo se apague
en la hoguera de esa casa, en mi vida
y en la memoria de los tuyos.
Buscaré el adiós silenciosamente blanco
para la reunión final.
Hermano, Tijuana arropó tu corazón y alma.
Allí estacionaste tu vida y echaste raíces.
Mi madre idealizó
las calles polvorientas donde barrería dólares,
y amores que la protegerían,
pero encontró una ciudad cruel,
que le arrancó doblemente el corazón de un zarpazo.

11

Tijuana, coladero del mundo,
ciudad de suburbios y de tianguis,
lugar donde los niños aspiran a ser cholos,
a tener poder y ser intocables.
¿Cuál era tu sueño, hermano?
En Tijuana, la muerte deja una huella en cada persona
que pisa el Ministerio Público.
Ahí, todos guardan una historia en el pañuelo

para compartir en la sala de espera.
Tijuana, donde todos compran, almacenan y tiran,
tiran los sueños al barranco, a la fosa séptica
o al primer acantilado de su colonia.

III

Hermano verdadero,
naciste y moriste en la frontera.
Rechazaste el apellido y adquiriste uno común,
ese que portarán tus hijos y los nietos que no conocerás.

Perdóname, por darte este poema a destiempo
barnizado de silencio.
No permitiré que tu recuerdo se opaque,
que te olviden los caminos que corriste
huyendo de la muerte.
Esos senderos, fieles a tus batallas y conquistas.

V

Tu último recorrido fue en carroza
custodiado por motociclistas.
Fue un largo paseo en el que lloramos tu ausencia.
Hoy, mi poema te hará homenaje, *Cholo Voltios*
porque fuiste el inventor de la familia, el arreglatodo,
el ocurrente que se colgaba de los cables de luz.
No sabías que “eso” te daría resistencia
para defender tu último aliento.
No querías que ella sufriera doblemente
la pérdida de otro hijo.
Tijuana dejó dos profundas fisuras en su corazón de madre
por eso, hoy cuida dos tumbas en la frontera.

VI

Cómo duele, hermano, que te hayas ido sin despedida,
que de pronto huyeras de las redes.
¿Cómo fue que te convertiste en flor silvestre de un cañón cualquiera?
cobijado, sin rostro y con tu estrella en la sien.
Cómo duele velarte en una capilla solitaria y gélida,
de rezos distantes, sin amigos.
Me resisto a verte destrozado, a olerte,
a creer que es real y no un mal sueño.

Murmuro una plegaria.
cómo duele que ya no estés
que te hayas ido sin despedida.
Duele dejarte solo en medio de tormentas de arena
y aves de rapiña
pero, ahora nadie te hará más daño.
Te dejamos solito y nos llevamos
el peso de lo que no pudimos decirte.
Perdóname por no haber sido la hermana mayor que todos quieren.
Ahora, el hubiera se desvanece.

VII

Volviste sin miedo al campo de batalla,
con la Santa Muerte al pecho y la rabia en los puños.
Luis: tu nombre permanecerá en mi memoria,
en mis dolorosos versos y en el viento verde
que arrebató las almas sin compasión.
Vivo con los ojos llenos de ceniza
y con el corazón incendiado, buscándote en mis recuerdos.

Por eso, te digo, hermano, que México es una vibración tupida de
lágrimas
donde todos lloramos una desgracia que se hereda como maldición.

Bitácora de un suspiro

I

El golpeteo del minuterero se hace eterno.
El corazón de vinagre bombea al amor filial. Clarea.
Sentir que todos los ecos se romperán en el quebranto de una afirmación.
Por el Ministerio desfilaban los pasos cansados de mujeres,
atormentadas por las desdichas, envejecidas de preguntas
por sus hijos no deseados, torturados, devueltos en pedazos.
Tijuana, frontera de sangre y acertijos
mosaico de suburbios que se levantan en un santiamén.
Judiciales regordetes entran y salen sin preámbulos,
se quitan la coraza para ser verdugos del dolor.
Las pláticas de las mujeres, los perfumes finos, las charlas en inglés.
La dolorosa mirada de una madre
y las palabras silenciosas de los presentes,
hombres o mujeres, niños que arrastran a jaloneos a esos lugares
marcados por el destino.
Y aparecieron los desaparecidos en sueños,
incompletos, aullando de justicia por los barrancos.
Ellos con voces caducas,
pasándose en tráileres por la ciudad
sin esperanza del Santo Reposo.
sentenciados al olvido,

II

Muerte, viajera incansable
tocaste nuestros corazones con vibración de llanto.
Bultos humanos obstruyeron su hallazgo, haciendo eterna la espera.
Entonces, el llanto de una madre se desbordó al identificarlo.
Hermano, te fuiste sin encontrar un sitio donde recostar tu voz
reconocer la carne que se encorva en el palpar de un abismo,
reconocer lo irreconocible para vivir sin recuerdos

y no escuchar el llamado de la sangre porque dejó de fluir.

Mientras, los fantasmas merodean el MP,
que la carne vuelva al polvo y la sangre pida justicia.
¿Hasta cuándo podremos vivir sin suspiros desahuciados,
sin sobresaltos de muertes,
sin falsas promesas, por rincones de efímera paz?
¿Hasta cuándo viviremos tranquilos, sin palabras a tientas?
Hermano, te adelantaste. No era tu tiempo.

III

Traigo la boca seca y el corazón oprimido,
el duelo me sigue como un *flash* de luz.
Te quedaste solito, te despidió la tormenta de Santa Ana,
con nuestro llanto aplacamos un poco la enfurecida arena —aún traigo
en la mirada— que brotó de las profundidades.
Hermano: te fuiste jugueteando con los vientos de Santa Ana,
tan crueles con nuestro dolor.
Fuiste un hombre con suerte,
desde el día de tu nacimiento nuestro padre se alegró
por tener un hijo varón.
Celebró,
cada día de su vida fue de celebraciones.
No recuerdo y (tú menos) su cara, su mirada, su voz.
Celebró hasta el final de sus días.
La suerte te despidió hasta la tumba, la música, el servicio cristiano
el cortejo fúnebre
y el ventarrón que arropó nuestro dolor.
Pareciera que te dejamos en el desierto,
solo, como un migrante caído
como un condenado a nacer y morir en la frontera.



Alma Yazmín López Magaña

Preparatoria de Tonalá Norte

Ambrosía

Mis muslos se derraman
como gotas deslizándose en cristales
al contacto sediento de tus manos.
La piel se funde cuando llegas
a ese punto misterioso que se abre
y me absorbe a un precipicio de dulzura,
cuyo vórtice colapsa,
como un dique cuando pierde la batalla
en la frenética embestida de la ola que lo arrastra.
En un punto se condensan mis sentidos
y proclaman victoriosos su embeleso,
cada zona de mi piel se vuelve presa
del andar resuelto de tus dedos tan certeros.
El tiempo y el espacio se suspenden
ante la atónita respuesta de mi cuerpo.
Como flores que se abren con la aurora
los suaves pliegues que por ti cedieron
se vuelven fuentes de alborozo intenso.



Premura

Lascivia licenciosa
que deambula sin reparos
en mi mente

que se hace notar
en cada uno de mis actos cotidianos
y deambula afanosa
por mi cuerpo,
en busca de un refugio
en donde desahogarse.
O va en pos de unas manos
que entusiastas la aprisionen,
o unos labios sustanciosos
—con grilletes de fuego en cada espacio—
que logren engazarla
para siempre al paraíso.
A ese lugar sublime y añorado
en el que tornará
sus ojos repletos de apetencias
en una zona divina
de anhelos delirantes satisfechos.



Refulgente

Me fui apagando:
como bengala
que lanza un naufrago
en el negro océano.

Como la vela
que ya sin cera
vence al pabilo;
como las brasas
que envuelve el humo
entre las hogueras
como la fuerza

de un clamor hondo
que fue arrancado
de las entrañas
de un moribundo.

¡Me consumí!...
Ya sin alma,
sin rumbo cierto,
me fui abrazando
a mi soledad.

Desde el martirio
de mis silencios,
ahogué mi juicio
sin protestar.

Y el fuego intenso
de tu mirada
por el que a diario
solía vivir,
se fue extinguiendo
junto conmigo
hasta olvidarme
de mi existir.



Miguel Marentes Ruiz

Preparatoria 19

Ciudad amurallada

Para Liz

Cada encuentro con mi amada surge como una sorpresiva cartografía del deseo, como una isla o unas dunas erigidas por el viento del erotismo y nuestro corazón se convierte en una ciudad amurallada.

Cada intercambio de miradas y roce a su cuerpo es una emocionante, bella y elocuente expresión del asombro que me lleva a escribir una guía con mis labios sobre su piel como un tatuaje que se convierte en un ritual del deseo.

Nuestros encuentros íntimos se van convirtiendo en un microcosmos con una visión sintética y hasta egoísta de un mundo: el del deseo. Hay un mucho de ella en todas partes. Su esencia es la que envuelve la penumbra de este plano existencial... como una ciudad amurallada.



Primavera oo

Para Elizabeth

Te respiro
en cada sorbo de viento
que llega hasta mi aliento
y penetras entre mis poros

que atrapan la cálida esencia
de tu presencia invisible.

Diluido en mi universo
formas parte íntima
de mi mundo.
Y sintiéndote sin verte
me acompañas
latido a respiro
en cada paso
que me lleva
al anhelado momento
de vibrar contigo.



Bailando en fuego

BESG

Puedes abrir paredes de misterio, hermosa mujer engalanada con mis sueños.

Déjame decirte que a la distancia te fuiste convirtiendo en un juego mental que me llevó a descubrir un código secreto sólo tangible a las yemas de mis dedos. Y cuando esto trascurría, llegaste a traducirme convirtiéndome en tu propio libro de cabecera.

Te sueño y te repaso en todas las ocasiones que anhelo retornar a la tierra de lo justo, fuerte y sabio.

Te sueño en esas noches que llegan con su legión púrpura y durante los vuelos nocturnos, sé exactamente dónde estoy. Tu cuerpo es mi zona de aterrizaje y pronto estaremos donde nacimos. Quiero estar listo.



Dante Alejandro Velázquez Limón

Preparatoria Regional de Chapala

Geometría personal

Soy un hombre asimétrico
que a veces derrama de costado
poemas a la ciudad en turno
y ríe de perfil.
Como asimétrico puedo coleccionar mapas
para enderezar mi norte
y como coleccionista de mapas
puedo andar la geografía de los continentes
con estas gafas,
medio metro cuadrado de papel
o una pantalla a poca luz,
sin el titubeo de una brújula
o la esquivez de los *ge pe eses*.

Esta asimetría,
incapaz de meter un gol o resolver diferenciales,
anda suelta por el malecón,
las rinconadas y el rumbo poniente
con la prestidigitación
y el prodigio del murciélago
que ha devorado infinitas
líneas rectas y orografías
para no estrellarse (otra vez)
en el paramento.



Escarcha

El congelador no ofrece respuestas, está quieto
ahí nomás, en el rincón de la cocina.
Es una dependencia enmudecida por el frío,
un archivo de perezaderos
que se abre de vez en cuando para confirmar
que ahí nada se mueve ni llega el noticiero del mediodía.
Es nuestra Groenlandia personal
a la que acudimos para aplacar los sudores de mayo.

Lo habitan una esporádica carne y cubitos de hielo
con una burbuja presa en el cuerpo
y tentación por descuadrarse tarde o temprano
en baños de vodka / en chapuzones de Jamaica.

Es el sitio más aterrador de la casa
una cámara de secretos donde pueden sepultarse los ácaros
y una siniestra cabeza de res con el ojo negronegro;
Ahí se han sentenciado los peluches, el chocolate líquido
y esa lágrima de quien perdió el amor
en un episodio de melodrama mexicano.

Sin electricidad, se derrama como un niño
en la penumbra de sus paredes antárticas.
No lo seducen los calores y se abre para constipar al frágil
o aplacar al ansioso en la noche más hambrienta.

Aun así, el congelador tiene sus algarabías
una locura a discreción si llegan los *bolis* y la manguanada.
Es dichoso cuando llena la panza de *sumbananas*
con su anárquico baño de chispas
y el saqueo de niños, que asoman a cada rato
engatusados por la impaciencia.

Se abre la puerta al paraíso
cuando dos ojos pequeños asoman,
y sus manos remueven el sudor de los veinte grados
el coco rallado / las *alegrías*.

Entonces, la escarcha cruje también de euforia.



Anuncio de ocasión

Se renta poema en impecable condición
ideal para matrimonio sin quejumbre
o estudiantes con carta de desempeño.
Tiene amplios versos y aparcamiento
para cuanto ojo se estacione
ojos embravecidos por la vida y el buen vino
que salen a trotar al malecón en domingo
y al otro día se deslizan por Colinas
en busca de una milonga errante del Uruguay.

Hay ventanal hacia un valle de otoños y futuros
en cada estrofa.

El ascensor lleva de los sótanos que entristecen
a una terraza donde celebrar incandescentes *afterpartys*
o donde lanzarse al acantilado por un amor irreparable
(porque este poema tiene también
arquitectura para última morada y resurrecciones).

Si está interesado en leerlo
visítenos a cualquier hora desde la comodidad
de sus odios o afiliaciones.

Favor de comunicarse al teléfono en pantalla
y pregunte por las promociones
que reverdecen en cada verso.

Un corazón bienherido le atenderá.



Víctor Villarreal Velasco

Preparatoria 11

Ingredientes

Sólo quien ha crecido entre la grasa de las cazuelas,
los ajos, el perejil, la cebolla,
y los aromas del hervor culinario,
conoce la esencia misma de la comida.

Las manos son la cartografía de la cocinera.
En ellas se lee su historia.
Una leyenda gastronómica heredada,
nacida del caldo y los ingredientes.

En sus dedos se gratina, se cuece, se guisa,
se cuele, se hierva, se tuesta, se asa, se bate,
se mide con el fin de estimular al paladar.

La sazón es el arte de hacer lo sublime con lo insignificante;
dejar un poco de metáfora en el proceso
y endulzar así lo amargo.



Astronomía

Nosotros nos debemos una noche.
Podemos imitar la astronomía.
Tú irradia calor y yo te contemplaré en silencio.

Yo viví todas tus guerras

Yo viví todas tus guerras y sobreviví.
Soy veterano de tus perversiones.
Mis besos son infantes caídos
y tus labios el arsenal que devastó mi cuerpo.

Yo viví todas tus guerras y morí en cada una de ellas.
Fui prisionero de tus marciales placeres.
Condecorado por sumisión.
con la psicosis de tus delirios.
De tus batallas provienen mis excesos.



Mujeres inocentes

Cómo amo a esas mujeres que,
sin decir una palabra,
transforman su entorno.
Esas que sólo con cerrar los ojos reconstruyen el universo.

Esas que sin desearlo lo transportan a uno a los cafés parisinos,
bajo las nubes de tormenta,
para recordar sucesos que todavía no han ocurrido.

Las amo porque con una sonrisa,
de esas que se escapan por inocentes,
implosionan en algún lugar de nuestro pecho unos sentimientos que
creíamos erradicados.

Y se van,
sin saber el desorden que han dejado a su paso.

Sentimientos

Hay sentimientos que son asintomáticos.
Que algunas veces implosionan en la garganta
y otras se reflejan en el rostro.
La mayor parte del tiempo están tranquilos,
en espera de madurar o de ser requeridos.

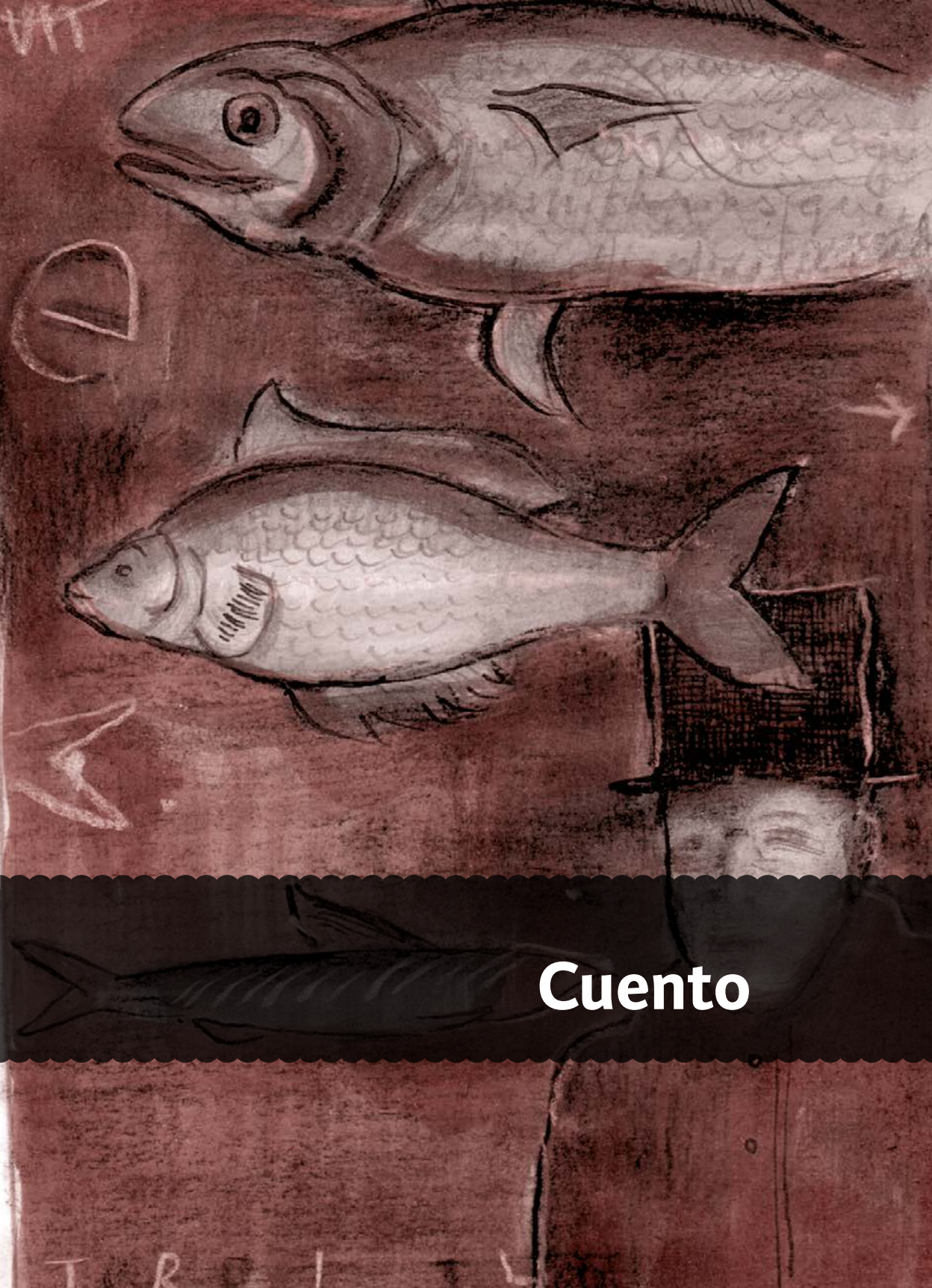
Hay sentimientos tan tímidos
que se ocultan en el inconsciente.
Catarsis ermitaña de los bosques de neuronas.
Ocultas hasta su nacimiento,
como Minerva en el cráneo de Júpiter.

Hay sentimientos dormidos,
sumidos en un largo letargo,
entre las ruelas de los telares
y las arenas de Mr. Sandman,
soñando con su debut.

Hay sentimientos debilitados,
sin vitamina que los levante.
Agonizan en la frigidez de quien los esconde.
Sentimientos acusados de herejía,
de impotencia, de inmoralidad.

Mueren solos,
abandonados a su suerte,
sin que nadie, jamás, llegue a sentirlos.





Cuento

José de Jesús Cruz Flores

Preparatoria de Tonalá Norte

Los gatos de mi tía

Una de las cosas heredadas, a la colonia donde vivo, es la inmensa variedad de gatos que se gestaron en esta casa e invadieron las casas vecinas. Gatos rechonchos e inútiles cazadores de las ratas que se multiplicaban al mismo tiempo que los felinos. Llegando a tal grado el cinismo de los roedores, que tomaban el sol junto a los gatos. Todo eso era digno de una fábula de san Francisco o ya de perdida de Rarotonga.

De no ser por un vecino malicioso, que le dio por darles sebo envenenado a las ratas, éstas no hubieran menguado en número. Sin embargo, los gatos, al no comerse a las ratas, se salvaron de una muerte inminente, por lo menos de envenenamiento, ya que lo que pasó en realidad fue un brote de hidrofobia que terminó diezmando la población de los peludos maulones. Situación que, dicho sea de paso, le dio fama por un buen rato a mi tía y de paso a todos sus sobrinos, a quienes nos pusieron un mote digno de una banda de rock: “La ruca Gatúbela y los sobrinos de la gata Rabietas”. Ése fue el eslogan de la campaña de desprestigio, burlas, carrilla y anexas con que se entretuvieron un buen rato los vecinos.

Mi tía, por su lado, no mutó mucho sus hábitos. Seguía rompiendo los balones que caían en el patio. Seguía atesorando cuanta cosa estimará de valor, seguía encerrándose por muchos días en su habitación y saliendo sólo por las noches a realizar algunas quemas clandestinas en el patio de la casa. Seguía haciendo cosas raras que no acatábamos a comprender por nuestra edad y nuestras vivencias. En fin, mi tía seguía siendo la misma bruja, la “jija de su...”: la misma de siempre. Pero un día, mientras realizaba uno de sus experimentos de química *farmacobiolobruja*, que solía hacer en altas horas de la noche, mi tía, la solterona, la *encamionada* con la vida, cayó de bruces

en el suelo. Así empezó su decadencia que la llevó a estar en cama hasta su muerte.

Seis meses en cama y rodeada por más de 20 fieras cuyos ojos brillaban intensamente por las noches. Eran unos fieles guardianes que no la dejaban ni para ir a defecar. En esas circunstancias era impresionante el olor que se gestaba entre las sábanas y fuera de ellas. En las sábanas mi tía se consumía y se pudrían sus llagas que supuraban un líquido amarillento, que era limpiado afanosamente por una enfermera que fue contratada para su cuidado, la misma que en seis meses se hizo toda una experta en el tratado y el cuidado no sólo de los deshechos propios de mi tía, sino también de los de los *micifuces*, las *tonchis* y los *muchus* que decoraban el cuarto en el que pasó los últimos días nuestra enfermita.

Pero cosa extraña. Los gatos, si bien seguían ahí, en el número par de 2 x 10, no eran los mismos de todos los días; según notamos, había una rotación en los colores de sus pieles. Deducíamos que algunos se iban y otros regresaban. Luego me enteré de que la enfermera era del sur de México y que también tenía un estómago de asiático. Luego supe, por uno de sus hijos, que había unas técnicas muy buenas para el despellejamiento de los gatos. También me enteré de que en la familia había un sinfín de manuscritos heredados que bien pudiera editarse un libro que llevara por buen título: *Las mil y una manera de guisar a un tonchi o todo un repertorio gastronómico para un estómago exigente*. Como sea, la enfermera nos hizo un bien a todos al desquitar la paga con esmero, colaborando en el control y cuidados que debía tener nuestra enfermita y otros menesteres.

¡Ah!, la tierna tía abuela que llegó un día de visita nos acompañó 10 años y se murió de vejez en nuestra casa. En fin, la buena labor de la enfermera le quitó un poco de preocupaciones a mi madre, quien antes no sabía qué debíamos hacer con la inocente ancianita, la hija de María de día, y de noche, la trepadora de escobas, la cuidadora de gatitos y gatotes. La tía amargada que llegó para llenarnos de mascotas nuestra vida y así llenamos de cajones con arena todos los rincones de nuestro patio, sala, comedor, baño y de la estancia de noche, donde paseaban los gatitos levantando sus colitas y arqueando sus lomitos.

Lo positivo dentro de lo negativo que trajo la enfermedad de la tía abuela fue un cónclave familiar en el cual se resolvió que entre todos los parientes se cubriría el costo de una enfermera que la cuidara en nuestra casa. Con ello tuvimos, de manera periférica, todo un sistema de control, lento y seguro, de la fauna con la cual convivíamos.

Se fue regulando la población felina en nuestra casa, si no disminuía, al menos no aumentaba. Para mi tía fue un golpe duro ver que sus mininos no incrementaban su membresía. Para esos días ya sólo balbuceaba y miraba con un signo de desaprobación a la enfermera secuestra gatos. Tal vez con sus artes maléficas podría hacerle pagar por la osadía, pero estaba ya débil. Total, se resignaba.

Mi madre, por su cuenta, no reparaba en pequeñeces. Un gato más o uno menos, ¿qué más daba? Estábamos tan habituados a la jauría. Sin embargo, un día la enfermera nos invitó a celebrar su cumpleaños. Dada la situación, nos decidimos a organizarle una celebración en nuestra sala. Ella aceptó gustosa intercambiar de sede su festejo, y vino a visitarnos su familia, que trajo el menú principal de la pachanga. Celebramos contentos con esa birria de un sabor a conejo de campo o de liebre, pero notamos que con el aroma de la birria los gatos de mi tía se desaparecieron, salvo uno que era el caníbal de todos los especímenes habidos o por haber. Ese gato solía matar a los bebés gatunos y devorarles tan sólo la cabeza. Los degollaba a todos los que lograba pescar sin una madre alerta y de buen tamaño para defender a su progeñie. Era, en definitiva, un gatazo malo, un gandaya, un matarife devorador de gatitos, pero era el más soflamero con mi tía.

En la casa estuvimos encantados con el sabor tan delicioso de la birria, cosa como ésa no habíamos disfrutado. Mi madre le pidió la receta a la enfermera. Ella sonrió. Ésa era una de las recetas celosamente guardadas de su abuela, una que sólo circulaba entre las matronas de su clan y era aprendida cuando la heredera estaba presta para ello.

Así las cosas, mi madre se quedó con el deseo de saber todo detalle de esa receta. Tan sólo le comunicaron que era carnita de la mejor calidad. Las piezas de liebres que uno ve crecer en cautiverio, cebadas, criadas y engordadas *ex profeso*. Recordé en ese instante aquellas charlas con el hijo de la enfermera y fui raudo y veloz al sanitario. Al mes

siguiente dejamos de ver a la enfermera. Su trabajo terminó con el último vahído de mi pariente. Recuerdo que fue una madrugada en que, tras abrir los ojos grandes, mi tía lanzó una interjección que, si bien no entendimos, nos dejó la sensación que fue un maullido, al cual los gatos respondieron al unísono. Luego de ello, la enfermera sólo vino por su sueldo y por algunas de las mascotas de mi tía. Muerta mi tía, el muerto al pozo, el vivo al gozo y los gatos a ver a dónde.

Así las cosas, mi madre, por fin veía el final de aquella pesadilla de maullidos al amanecer con muebles raídos por uñas firmes y filosas cual navajas de afeitar. Mi madre encontró la solución a sus problemas con los felinos. Recién llegamos de enterrar a la pariente, tomó un marcador de aceite y escribió con la mejor caligrafía que la emoción le permitía: “se regalan gatos, gatas y gatitos” y la enfermera que iba llegando en ese instante aprovechó para llevarles a sus parientes tres gatas con sus camadas correspondientes. Fue la misma enfermera el ángel de la guardia que le ayudó a colocar entre las casas de sus parientes al resto de la gatada. No quedó, en nuestra casa, ni para pie de cría. Así se acabó en mi casa la estirpe heredera de mi tía, pero para esas fechas ya estaban diseminados por todo el barrio los descendientes de la gatada de mi pariente la solterona.



Fátima Osuna Montes

Preparatoria Regional de Amatitán

Rojo bermejo

Nunca hubo rojo que me perturbara. Jamás. Ni el rojo carmín de la sangre fresca, ni el escarlata de una herida abierta, ni siquiera el carmesí del vestido de las mujerzuelas con que se engalanan en su diaria vida nocturna, o el rojo intenso de esa sirena acercándose con su grito habitual hacia mí.

Jamás, en mis más de 30 años de constante servicio, como recientemente hacía unas cuantas horas comentaba en aquella escuela.

Una charla cualquiera de entre cientos que había tenido que exponer como cada año, dentro de la semana de seguridad y salud, en aquel oscuro auditorio de escuela, a una generación más de jóvenes, con el bien intencionado propósito de evitar que sufrieran alguno de los percances expuestos recién en ese video un tanto sangriento y amarillista; propósito noble, pero totalmente vano, en mi experiencia, pues ellos no atienden razones y su vida les importa ya de por sí un bleo.

—¿No siente dolor?...

Había preguntado alzando la mano, apenas terminó la cinta.

Tuve que enfocar la mirada con la mano en tanto se volvían a encender las luces para poder percibirla. Era una chica pelirroja, con un tono peculiar de rizos, sin nada más en particular, sino tal vez la expresión de su cara, expresión común en jóvenes de estómagos sensibles: una cara asqueada y momentáneamente turbada.

—¿No siente ningún dolor por esas personas al encontrarlas así, destrozadas, completamente irreconocibles?...

Fui sincero.

—No...

—... ¿Por qué?...

—Porque sé que de alguna manera se lo buscaron. Alcohólicos, rebasando los límites de velocidad, drogados, sin respetar los señalamientos, conduciendo con sueño... todos nosotros nos buscamos lo que al final tenemos. Mi objetivo aquí es hacerles entrar en consciencia para evitar en lo posible que alguno de estos accidentes les ocurra a ustedes.

Si mis palabras fueron algo duras se debía simple y llanamente a la mentada terapia de *shock*, la habíamos probado durante demasiados años y se decía que realmente funcionaba.

—Pero... ¿no podría ser posible que alguien plenamente consciente, alguien que nunca ha quebrantado una regla de seguridad, llegara a ocurrirle algo semejante?... En el video se muestran niños que...

—Yo mismo he levantado bebés de no más de seis meses del pavimento usando una pala. Aun así, el que lleguen a ese estado se debe siempre a la imprudencia de alguien que se dice responsable de ellos. Nunca, ningún accidente, en todos mis años de servicio, ha ocurrido por otra razón que no sea imprudencia.

La joven permanecía de pie, deseando rebatir mi afirmación, sus compañeros a los costados comenzaban a molestarla para que se sentara de una vez. De no ser por la luz del reflector que alumbraba directo hacia mí en aquella parte del estrado, podría asegurar que estaba temblando.

Se sentó por fin a fuerza de ignorarla y yo pude dar cierre a aquella fastidiosa charla.

La misma oleada de aplausos inmerecidos fue, como siempre, el desenlace a aquella jornada vespertina de servicio a la comunidad. Abandoné el recinto junto con mi compañero y regresamos a la base.

Una hora más tarde recibimos el llamado.

Una terrible volcadura de un tráiler fuera de control, varios muertos e infinidad de heridos. Acudimos al sitio. Había sido una terrible carambola, en verdad.

Nunca hubo rojo que me perturbara, jamás; y aquel lugar, como otros tantos en que me había desempeñado diariamente, se encontraba lleno de él. Rojos de todos los matices, desde el rojo cardenal hasta el rojo sangre, gules y el merlot, pertenecientes a las sirenas de las

patrullas, las ambulancias, camión de bomberos, provenientes también de cráneos con cerebros expuestos, vísceras reventadas, huesos saliendo de la carne y heridas tan grandes como el mismo cuerpo del desgraciado que las poseía tanto rojo que me hacía sentir en casa.

Pero había un rojo más, un rojo con una tonalidad desacorde al lienzo diario que era mi vida, con el que me había encontrado ya dos veces aquel mismo día. Se trataba de un rojo seco, como bermejo, que coloreaba de manera grácil un centenar de rizos.

Ahora, me habría gustado poder admitirle mi error, mi grave y profundo error. No todas las terribles catástrofes ocurridas en el mundo se deben necesariamente a imprudencia de ambas partes, algunos son simples daños colaterales. Cuánto me gustaría habérselo expresado ahora, me apresuré mucho al dictar tal sentencia, tal vez hasta le habría agradado dejarme ver mi terrible error.

Esperaba su autobús, en la banqueta, como debía ser, ni un centímetro alejada del área designada para hacerlo y, aun así, de todos los sitios en los que tenía permitido descansar la pesada cabina del tráiler, prefirió hacerlo sobre aquel frágil cuerpo adolescente.

Pero, ¿recordaba su rostro? No lo creo, aunque, según recuerdo vagamente, tenía algún parecido con mi segunda hija.

Y sí... dolía...

Miré su rojo tanto como me fue posible, retiré con premura una lágrima traicionera cuando escuché los pasos de mi compañero acercarse.

—¡Efraín! Pásame la pala...



Christian Alejandro Anguiano Molina

Preparatoria 10

Sobre el iceberg

La verdad es que ambos estuvimos de acuerdo con el asunto de vivir sobre el iceberg. La idea fue de ella y yo acepté con la condición de que nos trajéramos a todos: a los amigos, a nuestros padres, a las mascotas y, sobre todo, a los hijos. El traslado fue sencillo: acostumbrarnos, el infierno. Siempre el frío de mil demonios y tener a todos tan cerca, pero sabíamos que así nuestras peleas terminarían, tendríamos tiempo de platicar, de poder resolver nuestros conflictos. También debo aceptar que no consideramos en ningún momento que el iceberg comenzaría a derretirse y tendríamos que deshacernos, uno por uno, de todos.

El lugar, si así se le puede llamar, estaba en la completa nada, a la deriva en medio del océano. Los primeros en quejarse fueron nuestros hijos, pero también fueron los primeros en entender que era por el bien de todos nosotros. Llegamos a ese lugar después de la última pelea: gritos, cachetadas, más gritos, llanto y gritos. La solución era el iceberg y entre más aislado del mundo, mejor. Todos aceptaron a medias, sabían que era por el bien de nuestra relación y de nuestra familia, pero sobre todo, de nosotros mismos, además de que un cambio de aires les vendría bien. Así llegamos al bloque.

Pronto el pedazo de hielo comenzó a desaparecer entre el mar. Nadie se percató hasta que Lourdes, la esposa de mi mejor amigo Max, vio una de sus maletas flotando a metros de distancia. No se pudo recuperar. Nadie entró en pánico. Todos disimulaban o fingían que estaban cómodos. “Se arreglarán las cosas, todo saldrá bien”, nos decían mientras nos palmeaban la espalda o nos abrazaban. Pero entre nosotros dos, mi mujer y yo, no hubo contacto alguno.

Al principio fue voluntario. Los primeros en arrojarse al mar fueron Lourdes y Max. Trataron de ir tras sus cosas y posiblemente nadar

de vuelta a casa. Nunca supimos si lo lograron o si el frío les paralizó y se hundieron. Como el iceberg quedó desbalanceado, le propuse a mi mujer que nos deshiciéramos de Raúl y Flor, sus dos mejores amigos. Teníamos dudas de si aceptarían, ya que ellos siempre nos sonreían y nos alentaban a seguir adelante. Alguna vez, incluso, nos recomendaron a su terapeuta familiar. “Hemos podido sobrellevar todos nuestros conflictos”, nos decían con una sonrisa exagerada, al tiempo que su cuello denotaba la mentira. Pasaban saliva al decir: “ustedes también podrán”. Lanzarlos al mar fue sencillo, al igual que a sus cosas. Ambos nos sentimos aliviados porque el iceberg había recobrado el balance.

Fue por un descuido, y hasta este día ella cree que fue un error de cálculo, pero yo fui el responsable de que su madre cayera al mar. La mujer siempre externó, sobre todo en las vacaciones familiares, que nunca aprendió a nadar, a pesar de que su fallecido esposo, mi suegro al que nunca conocí, trató de instruirla cada verano. “Ya a esta edad va a ser inútil que aprenda”, siempre dijo, pero estaba muy equivocada, eso la habría salvado. Al día siguiente mis dos padres desaparecieron. Mi mujer argumentó que se habían marchado sin decir adiós, pero papá y mamá no eran capaces de eso. Era posible que ella hubiera usado la misma estrategia. No traté de averiguar más. Eso evitaría una pelea nueva. De cualquier manera, sin nuestros padres se mantendría el equilibrio.

El iceberg nunca dejó de descongelarse y cada día lo hacía con mayor rapidez. Ninguno de los dos quería hundirse en el mar y menos dejar a los hijos a la deriva. Decidimos deshacernos de las mascotas, una por una. Primero fue el hámster de Felipe, nuestro hijo menor. Ni siquiera él lo notó al principio. Nunca le prestaba atención al roedor. Después el conejo de Penélope, del que nunca supimos su nombre porque ella jamás lo mencionó. Por último, fue Rex, el *beagle* obeso que ladraba todas las noches. Rex sí fue un tema de discusión. El primero en notar su ausencia fue Felipe y con eso también supo que su hámster se había ido. Penélope también se percató de la desaparición de su mascota. Les inventamos que eso pasaba con los animales domésticos cuando no soportaban el frío y estaban lejos de casa: se volvían locos y saltaban al mar. “Así que más valdría calmarnos todos y

no volvern los locos, ¿verdad?”, dijo mi esposa con su cara de psicópata que tanto los asustaba. Los niños ya no volvieron a tocar el tema.

No sé quién de los dos supo primero que el iceberg terminaría derritiéndose por completo. Ambos sabíamos que tendríamos que decidir a cuál hijo lanzar al agua primero, aunque los dos tendrían el mismo destino al final de cuentas. Mi mujer defendió a Felipe, por ser el menor y el más vulnerable. Aceptaba, entonces, que Penélope era más inteligente. Esa fue mi defensa para que ella se quedara. “Pero ella podrá mantenerse viva por sus medios. Felipe posiblemente muera al instante”, dijo ella antes de escuchar los gritos de Penélope: “¡Mamá! ¡Papá!”, escuchamos y nos volteamos a ella: “Felipe acaba de caerse al agua”. Cuando nos pusimos de pie, vimos el cuerpo de Felipe hundiéndose. Se volvió pequeño enseguida. Al menos la discusión no tendría que continuar. Después entendimos que su hermana había sido la responsable. Ella supo qué estaba pasando y entendió cómo actuar.

Al día siguiente, Penélope desapareció. Mi mujer me inculcó por ello. “Todavía había espacio para ella, no entiendo por qué la arrojaste”, me decía. Yo ni siquiera la había tocado. Le dije llorando que yo no había sido y la abracé. Esa había sido la primera vez que nos tocábamos desde nuestra llegada al iceberg. No sé cuánto tiempo pasó, pero fue el suficiente para hacerme creer que ella había arrojado a nuestra hija al agua. No quise seguir con la discusión, pero era probable que mi mujer me arrojara en cualquier momento. Sabía que yo no era buen nadador, pero que podría mantenerme buen tiempo a flote.

Luego tuvimos que mantenernos sentados, casi juntos, para no caer al agua. Sabíamos que uno de los dos tendría que lanzarse al agua y huir o dejarse caer. El frío comenzaba a desaparecer en el lugar y el calor se aferraba a nuestras pieles. Ninguno de los dos cedería su lugar. Los dos nos vimos de frente, sin decirnos palabra alguna. Así tratábamos de comunicarnos cuando éramos novios: sin hablar. Al parecer volvía a nosotros aquel recuerdo. Nunca fue así entre ambos, pero algo nos jodió por dentro. Tal vez podríamos escapar juntos del iceberg y considerar empezar de nuevo: una nueva vida, desde cero. Todo sería un encanto, el eterno enamoramiento entre nosotros. Volver a tener hijos, nuevos amigos, una mejor vida. Pero el iceberg comenzó a crujir

bajo nosotros y se partió en dos: yo de un lado y ella del otro. Ninguno hizo nada por mantenernos unidos y nadie más estaba entre ella y yo. Cada quien comenzó a flotar en su pequeño pedazo de hielo. Nos fuimos alejando poco a poco, centímetros, metros, kilómetros, hasta que no pude verla de nuevo. El agua ya comenzaba a humedecer mi ropa. El iceberg desaparecería y yo, al igual que ella, tendría que aprender a sobrevivir solo.



Andrea Cecilia Madrigal Sánchez

Preparatoria Regional de Tala

Reinita

Antes de entrar al panteón, una golondrina azul se le estampó en la frente. Ella no reaccionó, en cambio, se quedó quieta comenzando a fundirse con el paisaje; su mirada perdida parecía buscar algo entre sus recuerdos. Imaginé su mente confundida viendo la golondrina en el piso sin poder reconocerla. El azul de su vestido hacía juego con las alas mallugadas del ave en el piso.

Reinita, como todos la conocíamos, amaba ir al panteón por las tardes. Le gustaba el silencio de los muertos y el hecho de saberlos polvo y mudos, para que no pudieran recriminarle que se siguiera drogando. Solía esperarla en la puerta para ver si aún me reconocía, a veces tenía suerte y “un adiós, Paco” se escapaba de su boca, otros días era desdichado y recibía una bofetada por sonreírle con insistencia.

Pero el día que la golondrina se le estampó en la cabeza supe que los milagros no están hechos para los pobres. Amaba a mi querida *Reinita* desde que estábamos en la secundaria, pero nunca fui correspondido, todavía recuerdo esa sensación de impotencia cuando me enteré que estaba embarazada: el frío trepando por mis manos, caminando por mis brazos hasta llegar a mi cuello y subir a mis labios, que sólo pude abrir para preguntar quién era el padre.

Nunca nadie lo supo.

Le pusieron *Reinita* porque desde sus 10 años les decía así a todas las mujeres que conocía. Lo decía de una forma amable y coqueta, como quién pretende cortar flores de la casa del vecino. Pero para mí su nombre tenía un significado más romántico, como las canciones de Agustín Lara: “Amor de mis amores / sangre de mi alma / regálame las flores / de la esperanza”.

Entraba al panteón a las 17:00 y salía casi a las 20:00 horas. El velador me mandaba a buscarla porque estaba prohibido cerrar las puertas si aún había personas dentro. Siempre la encontraba llorando en una tumba diferente y, como si la lucidez hiciera un intento por asomarse, me extendía las manos desesperadamente como si deseara que la salvase de su propia locura. Pero en cuanto pronunciaba su nombre, el brillo se borraba de sus ojos y salía corriendo del panteón sin decir nada.

Nuestro más íntimo ritual, así lo nombró el velador después de un mes de las repetidas huidas de *Reinita*.

Nunca me casé y no porque estuviera esperando que dejara sus vicios para poder estar juntos, sino porque sentía que para los pobres el matrimonio era un protocolo que hay que seguir para mantener la clase obrera. No es que fuera un gran defensor de los derechos humanos, pero me negaba a vivir el mismo destino que mi padre: un trabajo estable en una fábrica, cinco hijos que mantener y un crédito del Infonavit que nunca termina por pagarse.

Por eso decidí ser sepulturero. Me gusta tener el poder de cavar pozos de tierra, colocarla y sellar tumbas de distintas clases sociales. Después de años ahora exhumo los cuerpos y encuentro siempre polvo y ya no oro y pobreza.

Pienso que *Reinita* estaría de acuerdo conmigo, sino, ¿por cuál otra razón visitaría diario el panteón vagando de tumba en tumba? Sus padres no eran de aquí y sus hijos aún vivían: no tenía un muerto a quién llorar.

Después de que la golondrina se le estampó en la frente, cambió la ruta de sus pasos. Se paró sobre el jardín del panteón y comenzó a desnudarse debajo del aspersor. Solté la pala sin querer, pero ella no se dio cuenta de que todas las personas la miraban, o quizá sí y quería deleitarnos con la decadencia de su piel, de la caoba germinando en su pelo, de las arrugas en sus mejillas, de las pecas aceitunadas en sus manos, de los tulipanes marchitos de sus labios. No pude evitar fijar mi mirada en los círculos aguacatados de sus pechos, que colgaban de tan maduros. Vi el brillo de sus ojos debajo del aspersor y por un momento su mirada se cruzó con la mía, su boca hizo una

silueta como si saliera de un sueño profundo que se había postergado por años. Se agachó para tomar su bolsa de plástico e inhaló fuerte mientras el aspersor de agua cubría el cuerpo de alguien que no sería enterrado nunca.



Héctor Adrián Ramos López

Preparatoria 8

Esperando por la solidaridad

¡Odio vestirme de color blanco!, odio tener que usar todos los lunes el pantalón blanco, ese que mi mamá me obliga a lavar los domingos, que porque lo percudí de las rodillas. ¡Odio los lunes!, aunque me gusta ir a la escuela, que tiene muchas cosas interesantes, como las paletas de hielo color rojo de cien pesos que traen premio, los churritos con mucho chile que se aguan en la bolsita, los *cocuixtles* que tan deliciosamente me escaldan la lengua, jugar en el patio de la escuela *chinchilegua*. Pero, sobre todo, y aunque parezca extraño, lo que más me gusta son las clases de historia de México, que nos imparte el profesor de quinto grado.

Ponciano Valencia es el nombre de mi profesor. Todos mis compañeros le tienen miedo, porque es muy estricto, también regañón y tiene un gran talento para lanzar el borrador a los chicos que platican en su clase. A mí me dan risas sus patillas largas y abultadas, que se deslizan entre esos inflamados cachetes, y diario se viste con guayaberas de colores. Se pone muy serio cuando escucha el himno nacional, se lleva la mano al corazón y se le tuercen las cejas de admiración cuando habla del presidente de la República. Ese señor, el presidente, debe de ser muy importante para que el profesor Ponciano lo admire tanto, y seguro que lo es, ya que sale en anuncios de televisión, hablando de la solidaridad; además los adultos dicen que éste es el bueno, que es el líder que llevará a nuestro país al desarrollo y a la modernidad, por fin. Pero aunque sea muy importante el presidente, en el cuadro que tenemos de él en el salón, mi amigo y compañero Manuel ya le puso colmillos de vampiro a la foto y los demás se burlan de que está pelón y tiene orejas muy grandes.

Ya me imagino la alegría que le dio al profesor Ponciano, cuando nos avisaron que tendríamos la visita del presidente de la República en nuestra colonia, estaría en la ciudad y de pasada iba a inaugurar la secundaria que construyeron frente a nuestra primaria. Todo eso, decía el director, gracias a la solidaridad, como que esa palabra está en todos lados últimamente, hasta le pusieron ese nombre a un parque grandote que está por mi casa.

Días antes del evento iniciaron los preparativos, el director de mi escuela mandó pintar las bardas, los salones, también le dijo al conserje que podara los árboles, acomodara los botes de basura que están cerca de la entrada, que limpiara la banquetta. Un día que jugábamos en el recreo vimos que llegaron trabajadores municipales en camionetas y arreglaron los machuelos, pusieron nuevo pavimento, topes, taparon las placas de los cholos, arreglaron el parque de la esquina, trajeron las resbaladillas y columpios que faltaban, cubrieron alcantarillas, rellenaron baches, le dieron pintura a los vecinos de la colonia para que repararan las fachadas de las casas que vería el presidente en su paseo.

En el salón de clases, el maestro nos encargó que compráramos banderitas nacionales de tela para recibir al famoso visitante, pero como casi todos en el salón somos muy pobres, se contentó con las que hicimos con papel de china, y que adornáramos con el sombreado de nuestros lápices sobre una moneda, para que quedara bien marcada el águila tragando a la serpiente.

Nos avisaron que iríamos de blanco, yo pensé: “¡De blanco en viernes!, no puede ser, tendré que lavar dos veces el pantalón blanco en la misma semana”. ¡Vaya que me enojé!, pero se me pasó el coraje al ver de nuevo la alegría en la cara de mi profesor, de ese maestro que nos hablaba con tanto ardor sobre la gesta de Independencia, del ejército insurgente, de aquellos valientes hombres y mujeres que nos dieron patria, libertad y, sobre todo, democracia; la verdad no sé qué significa esa palabra, pero debe ser buena, el maestro se pone muy contento cuando la menciona.

El día había llegado, nos citaron a las cuatro de la tarde, para dar los últimos ensayos de las canciones y porras que habíamos preparado durante semanas y que darían la bienvenida al dirigente de la nación,

que se supone llegaría una hora después. Todos los estudiantes de la escuela adornábamos el frente de aquel recinto del saber, todos de blanco impecable, agitando las banderitas de papel, que se empezaban a arrugar de tanto andarlas cargando en la mochila. El profesor Ponciano se compró una guayabera nueva, yo creo que muy fina, brillaba cuando el sol la alumbraba. El director y las demás maestras cuidaban con rigor la alineación de todas las filas, nos pedían que sonriéramos para que el Presidente supiera de nuestra alegría por su visita. El calor intenso de aquella tarde hacía correr los chorros de sudor, que se abrían camino entre nuestras espaldas, los cuellos de nuestras camisas y por entre las patillas de mi profesor, que seguía muy derecho aguantando el castigo del sol.

Eran las ocho de la noche cuando escuché un gran alboroto: ¡por fin venía! Muchos señores vestidos de traje corrían juntito de una camioneta color blanco en la que venía el presidente a toda velocidad. Todos esperábamos con emoción, seguro nos vendría a saludar; el director y personal de la escuela ya tenían preparadas las cámaras fotográficas con las que recordaría el evento. Las maestras nos pedían reordenar las filas, que se habían desfigurado cuando nos sentamos en la banqueta. Las banderitas se convulsionaban, en nuestros rostros chamagosos se dibujaron sonrisas: ¡la espera había terminado!

La camioneta se detuvo, todos estábamos a la espera de los abrazos, saludos, de los apapachos del presidente, que seguro nos daría por ser alumnos tan bien portados. Pero de la camioneta blanca sólo se asomó una mano, que se agitó asomándose entre la ventana y sin perder tiempo entró corriendo a la escuela secundaria, donde lo esperaban para la ceremonia de inauguración. ¡No nos volteó a ver! Los gestos de sorpresa desplazaron a las risas, mientras el profesor Ponciano nos decía que no desesperáramos, que seguro no tardaría en salir y que entonces sí tendría tiempo de ir a saludarnos, de cruzar la calle, pero esperamos una hora más, en medio de aquella acalorada tarde y no salió. Nuestros padres ya no quisieron esperar y poco a poco se iban quedando flacas aquellas filas.

Poco a poco nos fuimos yendo a nuestras casas, pero nunca se me olvidará: mientras me llevaba mi mamá de la mano, aquella

imagen del profesor Ponciano Valencia, con una sonrisa trémula en su cara y todavía agitando su banderita de papel de China junto a su enorme papada.



Álvaro Rico Chávez

Preparatoria 18

Viernes 22 de mayo

Diego, presidente de la Academia de Ciencias Sociales de la preparatoria, observaba sigiloso a sus compañeros maestros mientras pensaba: “Se quejan de los alumnos y están peor que ellos. Ganas no me faltan de decirles que su alboroto parece alharaca de pájaros antes de dormir”. Alzando la voz dijo:

—Maestras, maestros, por favor, escuchen. Ya sé que todos se quieren ir, pero todavía nos falta ponernos de acuerdo en quién va a presidir los honores a la bandera en mayo.

Algunos interrumpieron la conversación que sostenían con el que estaba a su lado, pero otros siguieron en animada plática hasta que se dieron cuenta de que los demás se iban quedando callados y, mirando en torno suyo, hasta fijar su mirada en el presidente, también guardaron silencio.

—Gracias —dijo Diego en un tono más suave, el mismo que usaba con sus alumnos después de haberlos regañado por alguna indisciplina—. Como les decía, sólo falta que acordemos quién se hará cargo de los honores del viernes 22 de mayo. Ya el maestro Víctor se apuntó para los de febrero y la maestra Andrea para los de marzo. En abril no tendremos porque son las vacaciones de Semana Santa. Entonces... ¿quién dijo yo?

Por unos segundos, el salón de cómputo, donde los mentores estaban reunidos, quedó en completo silencio. Los más parecían ignorar la situación mirando el monitor de la computadora que tenían frente a sí, incluso moviendo el *mouse* o presionando los botones del teclado, en tanto que pocos volteaban de un lado a otro para descubrir al que levantara la mano.

—Mmm... ¿Nadie? —cuestionó Diego. Entre sus cejas se marcó una arruga que expresaba su enojo. Inhaló con fuerza y empezó un recorrido visual por cada uno de sus compañeros de Academia.

—Pues si nadie quiere yo me aviento —se escuchó de pronto la voz de Alberto—. Yo no quería que me tocara esta vez porque siempre somos los mismos. No quiero que se ofendan, pero cada semestre es igual, nadie quiere estar en los honores. Dicen que les da vergüenza hablar frente a toda la escuela, pero yo no le veo problema. Ni que no hablaran todos los días frente a sus alumnos...

—Pero no es lo mismo —lo interrumpió Paola—. Se pone uno más nervioso ante tanta gente. A mí me daría mucha pena regarla frente a toda la escuela. Imagínate: el director, todos los maestros, todos los alumnos. ¡Ay, no! Qué pena. Por eso yo no quiero. Pero ya saben que a todo lo demás le entro, en todo lo demás les ayudo.

—Está bien —retomó la palabra Diego—. Te agradezco mucho, Alberto. A los demás quiero decirles que me hubiera gustado que alguien que nunca ha dirigido los honores se atreviera a hacerlo esta vez pero, bueno, ni modo, lo importante es sacar la chamba de la Academia. Ojalá el próximo semestre sí se animen. Y bueno, como ya habíamos adelantado el punto de asuntos varios, entonces ya nada nos queda por tratar, así es que damos por terminada la reunión. Muchas gracias por su asistencia. Es viernes, así que cualquier pendiente lo vemos la siguiente semana. Hasta luego.

Los profesores salieron agolpados del salón, todos con el celular en la mano, apresurados escribiendo mensajes o ansiosos llamando. Parecían haber estado incomunicados en una larga cuarentena causada por una pandemia.

Como todos los lunes, Alberto terminó sus clases del turno matutino a las 12:00 horas. Su siguiente grupo lo tendría hasta las 14:00, por lo que disponía de dos horas para, como era su costumbre, entretenerse en la sala de maestros viendo videos de YouTube y, lo que más anhelaba, esperar la llegada de Caty, una de las maestras de inglés, quien también

gozaba de ese descanso. Con ese deseo en mente, había despedido a los alumnos para dirigirse al espacio exclusivo de los docentes. Al entrar a la sala encontró libre su computadora preferida y tomó posesión de ella. Se concentró en escuchar melodías suaves, de las baladas que tanto le gustaban. Sonaba “Easy”, de Lionel Richie cuando se abrió la puerta. Volteó rápidamente anhelando ver la figura que lo hipnotizaba como serpiente a su presa, pero su deseo se volvió desencanto cuando, en lugar de Caty, vio entrar a Gerardo, un maestro regordete y calvo.

—¿Ya estás escuchando tu música de viejitos? —preguntó Gerardo cruzando los brazos—. En pleno 2020 —susurró.

—Pues qué quieres. Es la herencia más valiosa de mi padre —contestó Alberto levantando la vista.

Otros docentes ingresaban a la sala, pero Caty no aparecía. Alberto, como expresión de la ansiedad que ya sentía, empezó a morder la uña de su dedo índice izquierdo. Estaba tentado en salir a buscarla justo cuando ella entró, riendo casi a carcajadas, acompañada de Alondra, otra de las maestras de inglés. Caty lo miró a la vez que lo saludó alzando y agitando las manos. Como por arte de magia, la ansiedad de Alberto desapareció y, con un ademán, la invitó a acercarse.

—¿Qué escuchas, Alberto? —le preguntó Caty mientras se sentaba a su lado.

—Pues, como me dijo Gerardo, música de viejitos. Son baladas de los años 1980, de las que le gustaban mucho a mi papá —le respondió Alberto mirándola a los ojos—. Pero ya sabes que cuando llegas pongo la canción que me pidas —agregó al tiempo que, sin apartar la mirada de sus ojos, posó su mano derecha sobre la izquierda de ella.

—Ah, pues pon una canción de Guns N’ Roses. Es que el vocalista, cuando era joven, estaba bien *papasito*, y así me gustan a mí —dijo emocionada Caty mientras lentamente alejaba su mano de la de Alberto.

—Caty, te quiero confesar algo. A lo mejor te vas a burlar de mí, pero no me importa —soltó la frase Alberto, buscando atraer la atención de la mujer, quien, abstraída de él, con pulgares ágiles, escribía en su celular.

—¿Qué me quieres decir? —replicó Caty a la vez que dejó de lado su juego de pulgares y lo miró con el entrecejo fruncido—. ¿Y por qué afirmas que me voy a burlar de ti si yo nunca hago eso? Todo lo que me dices lo tomo en serio.

Estaban solos en la cocina de la escuela, momento que Alberto consideró propicio para expresar los sentimientos que ella le despertaba.

—Mira, Caty... —retomó la palabra Alberto con evidente nerviosismo—. La verdad es que desde hace tres años que llegaste a la escuela me llamaste la atención... Perdón... Estoy nervioso... Mi corazón... Estoy sudando... Me sudan las manos... ¿Ves? A mis 32 no sé cómo decírtelo —continuó, tratando de controlarse—, pero la verdad es que me gustaría mucho que fueras mi novia...

—¡Ay, Alberto! —exclamó Caty cruzando los brazos a la altura del pecho y agrandando sus ojos como si para ella fuera una sorprendente revelación—. Me caes muy bien, me agradas, pero... ¿cómo se te ocurre que en la cocina? ¿Sabes? A mí me gusta que me sorprendan. Sorpréndeme y a lo mejor te digo que sí —sentenció Caty y de nuevo centró su interés en el dispositivo móvil.

Caty llegó al centro comercial a las 17:20 horas. Con prisa bajó de su auto y caminó a la escalera eléctrica para subir al segundo nivel. Entró al corredor principal ignorando los aparadores de las tiendas. Amante de coleccionar calzado, no se dio cuenta de que en una zapatería se ofrecían descuentos del 50% por fin de temporada. De no haber llevado prisa, sin duda se habría detenido frente a más de alguna vitrina y, entre otros productos, cargaría con un nuevo par de zapatos.

—Caty, Caty. Acá estamos —escuchó apenas cruzó la puerta de la cafetería veracruzana en la que había acordado reunirse con dos de sus amigas.

—Perdonen el retraso, pero es que no me podía escapar de la prepa. Tenía que entregar hoy mismo un reporte y no podía imprimirlo, pero ya —argumentó para disculparse.

Sentadas en torno a una mesa circular, las tres amigas iniciaron una animada conversación.

—Qué bueno que ahora sí viniste, Caty. El mes pasado nos dejaste plantadas —dijo Alejandra en tono de reclamo.

—¡Ay, amiga! Ya sabes que la otra vez no pude venir porque me citaron de última hora a una reunión —se defendió Caty del reproche de su amiga.

—Oye, Caty, pues fíjate que, justo antes de que llegaras, Alejandra y yo nos estábamos acordando del maestro que anda tras tus huesitos —intervino la otra amiga, Sofía—. ¿Qué pasó? ¿Ya se te declaró? Nos morimos de ganas porque nos cuentes.

—Pues sí, ya se me declaró —respondió Caty luego de una sonora carcajada—. Pero... ¿cómo creen? ¡En la cocina de la escuela! Lo hubieran visto, todo nervioso. Yo puse cara de seria, pero por dentro me moría de la risa.

—¿Y qué le dijiste? —inquirió Alejandra apoyando sus codos sobre la mesa y la barbilla sobre sus empalmadas manos.

—Que me sorprendiera y a lo mejor le decía que sí —explicó Caty agitando sus manos y volteando a ver a sus amigas de manera alternada—. Pobrecito. Si supiera que nada más me estoy divirtiendo con él. Pero así lo voy a traer hasta que me enfade.

—¡Ay, amiga! A mí se me hace que abusas —le recriminó Alejandra.

—¿Y qué tiene? Es divertido. Yo no sé de dónde sacó que me podría interesar. ¿Dónde vio mi interés por él? Además —abundó Caty—, en la página de transparencia de la Secretaría de Educación ya investigué cuánto gana y es muy poquito. No le alcanza para llevarme a los lugares que me gustan.

—Qué cruel eres, Caty —atinó a decir Sofía—, pero tienes razón, es divertido.

—¿Estás seguro de que lo quieres hacer? —preguntó Diego.

—Claro que sí, Diego. Segurísimo —respondió Alberto con firmeza—. Voy a aprovechar que seré el maestro de ceremonias. Quiero que ese día se recuerde por mucho tiempo en la prepa.

—Como quieras pues, Alberto, pero creo que no es conveniente. Me parece una locura —culminó Diego simulando lavarse las manos.

—Tranquilo. A las mujeres les gusta que las sorprenda y las conquistas si haces cosas atrevidas.

El director terminó su discurso y entregó el micrófono a Alberto. El patio central de la preparatoria se encontraba atiborrado. En uno de sus cuatro lados, frente a la entrada principal, el presidium, con el director escoltado por el secretario y el oficial mayor. Los otros tres lados los ocupaban los alumnos, quienes eran acompañados y sometidos al orden por la voz de alguno de sus maestros.

—Agradezco a nuestro director sus palabras y a ustedes su presencia y excelente comportamiento en este acto cívico de honores a la bandera —dijo Alberto mientras en línea recta cruzaba el patio de la escuela, alejándose paso a paso del presidium y acercándose a donde se encontraba, rodeada de alumnos, Caty. Todos miraban su recorrido esperando que diera por terminado el acto, pero Alberto soltó, en el preciso instante en que, como si fuera la pupila, estaba al centro del ojo cuadrado que formaban los cuerpos de adultos y adolescentes:

—Caty, Caty, ¿quieres ser mi novia?

En la memoria de los lengua viperina, el viernes 22 de mayo quedó registrado como el día de honores en que el ingenuo maestro Alberto “sorprendió a la maestra Caty, pero fue bateado y ridiculizado frente a toda la escuela”.



Pedro Valderrama Villanueva

Preparatoria 7

Otro jueves de *Café Rave*

Para la generación Zine

I

“La neta ni sé cómo llegó a mis manos”, Marijose pensó al toparse con el *flyer* guardado en la caja donde almacenaba los recuerdos de su juventud. La inesperada mudanza a otra ciudad, por cuestiones de trabajo, le obligó a desempolvar viejas cajas guardadas en el fondo del clóset, entre ropa de sus hijos (que ya no les quedaba desde hacía más de 15 años), papeles amarillentos y revistas viejas de *Spin* y *Rolling Stone*, recordó en ese momento que desde el instante que le cayó en las manos aquel volante —una simple fotocopia recortada en forma de círculo que cabía perfectamente en la palma—, debía acudir, de alguna manera, a ese lugar que este *flyer* anunciaba, aunque eso implicara hacerse la pinta de algunas de sus clases.

II

Allá por la época de la prepa, Marijose, como muchas de las adolescentes de su salón, esperaba con ansia los primeros días de cada mes para que llegara al puesto de periódicos de la colonia la edición más reciente de su revista favorita, *Eres*. Ahí se enteraba de los chismes de sus artistas favoritos, como Gloria Trevi, pues desde aquella vez que su hermana mayor le pichó un boleto en su cumpleaños para verla en el Auditorio de Tijuana, no se volvió a perder el programa de “Siempre Domingo”, al lado de sus papás y sus hermanos menores, con la esperanza de verla presentarse ahí. Fue tal su afición por la cantante regiomontana que un día Marijose decidió amarrarse una camisa de

franela a la altura de las caderas y calzar botas militares muy a la usanza de la chavaliza del momento; ésta era su nueva piel. Todo esto desde luego con la desaprobación de sus papás, pero qué le iban a hacer: era una adolescente; cumplía con tareas, raramente les rezongaba y no andaba de vaga como otras muchachas.

Una tarde de marzo, entre clases, mientras Marijose se encontraba con otras compañeras en una banca frente a su salón, chismorreando y rolándose un *Eres* con la imagen del grupo español Olé Olé en la portada, entre risas, se percató de un par de chavos que ya había visto antes paseándose entre los pasillos y el patio de la prepa; uno de ellos portaba una playera del grupo Nirvana, pantalones de mezclilla rotos, tenis Converse y una camisa de franela amarrada a la altura de la cintura (¡igual que ella!), mientras que la chava usaba *lipstick* negro y una playera de los Cocteau Twins.

—¡Ira nomás qué fachas! ¿Ya los viste? ¡Qué raros! —señaló con desprecio una de las jóvenes que acompañaba a Marijose.

—Creo que ni son del turno de la tarde esos chavos, son de la mañana. No sé qué hacen a estas horas por acá. ¡Par de nacos! —dijo la otra.

Pero a Marijose no le parecieron tan extraños. Al contrario, había *algo* en ellos que le llamaba mucho la atención, nada que ver con la Trevi, para nada; más allá de la ropa que llevaban puesta había algo distinto en ellos. “¿Qué hacían ahí si ni clases tenían a esa hora?”, pensó ella.

III

Santiago llegó temprano esa mañana al taller de música latinoamericana, aún no terminaba su horario de clases, de nuevo había faltado a Cálculo Diferencial I (¡ya vería qué hacer para el examen extraordinario!); en su mente sólo le atravesaba una cosa: era jueves, la tarde cuando él y los amigos organizaban su *gathering* clandestino en el taller localizado sobre el gimnasio dentro de la prepa Lázaro Cárdenas, no para estudiar o algo parecido, sino para organizar algo que llamaban el Café Rave, evento que realizaban ahí mismo todos los jueves después de las 18:00 horas. En cuanto cruzó por la puerta y arrojó la

mochila sobre el destartado sofá, prendió la grabadora: un poco de la Maldita Vecindad para ambientar; se dirigió enseguida a la mesa para recortar los *flyers* y distribuirlos más tarde entre algunos alumnos con la esperanza que acudieran caras nuevas, pues siempre eran las mismas. También había que revisar las actividades que debían presentarse: tal vez abrirían con una película (¿*Santa Sangre?*, ¿*Slacker?*), después estaba programado un número que Sasha Daniel había preparado, y además un monólogo con Aarón (¡quién sabe si lo ensayó!), aderezado con café (si *Huicho* conseguía la cafetera de su mamá) y galletas (si es que Big John se mochaba con ellas otra vez). Le esperaba, sin duda, una larga jornada. Hizo tiempo hasta un poco después de las 17:00 horas para comenzar a repartir los *flyers* al lado de Ingrid, quien lo acompañó para pasearse por el patio y los pasillos de la prepa en busca de posibles nuevos asistentes esa tarde.

IV

Un fuerte ruido (esa era la mejor manera de describirlo: ¡ruido!) venía desde arriba del gimnasio de la prepa; Marijose se dirigió a las escaleras y las subió para llegar al taller de música latinoamericana. Al acercarse a la puerta, un chavo la abrió para dejarla entrar. Poca luz, pósters de los superhéroes de DC y Marvel cómics pegados por todos lados y lo que parecía ser: un escenario improvisado hecho con periódicos y al fondo de éste se distinguían las palabras pintadas sobre una sábana vieja: “ESCENARIO TERCERMUNDISTA”. “Todo muy extraño”, pensó Marijose.

Varios jóvenes, de todos los semestres, estaban reunidos ahí, unos 10 o 12 en total, algunos sentados en el suelo, otros sobre un sofá viejo, también vestidos con mezclilla, playeras de bandas de rock, camisetas de franela y cabellos estrambóticos. Desde el escenario, con música de fondo a todo volumen, un chico gritaba de manera ininteligible a través de un micrófono, un discurso fatalista y, para rematar, terminó leyendo la letra de una canción *punk* (“Anarchy in the UK”, de los Sex Pistols, supo después): “*I am an anti-Christ / I am an anarchist / Don't know what I want / But I know how to get it / I want to destroy the passerby...*”.

Tan pronto como el sol empezó a ocultarse, Marijose se retiró de ahí. Apenas intercambió algunas palabras con el chavo que le abrió la puerta, Santiago, quien la volvió a invitar para la siguiente semana, incluso “caerle” al taller entre semana cuando quisiera; también intercambió algunas ideas con el chico fatalista, Sasha Daniel, un muchacho de ideas radicales pero amable y quien además le obsequió un folleto a blanco y negro muy llamativo, *Propaganda Barata*. No sólo salió con este *fanzine* esa tarde, sino con otros que varios de estos jóvenes realizaban y le regalaron, como *El Hocicón Nocturno*, 725 y *Cherry Bomb*. A lo largo del *happening* de esa tarde, Marijose se sentó en el suelo al lado de otras chicas que, como supo después, regularmente acudían ahí: Sandra, Astrid, Gaby y Letizia; muy buena onda todas ellas; inquietas, *sharp*. Uno de los chavos se refería a ellas como las *groupies*, un poco despectivamente, pero sin la intención de ofenderlas. El ambiente ahí, como se dio cuenta después, siempre fue alivianado.

V

Pasó casi un mes para que Marijose también se animara a participar y compartir un par de canciones suyas en el Café Rave; Santiago le dio oportunidad de mostrar los pocos acordes que había aprendido a ratos en el taller y las incipientes letras de un par de canciones compuestas por ella misma. Así, un jueves se reunieron las mismas caras, algunos con café en mano y con expectación en los ojos, entre sonrisas y porras, Marijose rascó las cuerdas y con más nervios que seguridad cantó. Silencio. Aplausos. Silencio. Aplausos. Sasha Daniel, después de su presentación, le preguntó si conocía la banda The Trashcan Sinatras; Marijose no sabía ni quiénes eran por aquel entonces; “suenas un poco como ellos, por eso te preguntaba”, le aclaró y se alejó.

VI

Sus otras amigas poco a poco fueron quedándose atrás, fuera del convivio cotidiano en el salón de clases, Marijose se fue alejando de ellas

y acercándose cada vez con más frecuencia al taller y todos los jueves al Café Rave; hasta le llegó a ayudar a Santiago y a Ingrid repartir las invitaciones cada semana después de las 17:00 horas en el patio y los pasillos de la prepa. No supo cómo se las ingenió para pasar sus materias a pesar de faltar a tantas clases.

Al poco tiempo, cerraron este *gathering*; Santiago terminó la prepa, y Sasha Daniel, por su parte, continuó haciendo sus actividades al lado de su colectivo Contra-Cultura (menor) afuera de la prepa en diferentes espacios de la ciudad, como en la Biblioteca Municipal, en la Casa de la Cultura y en algunos cafés, donde *armaba* lecturas, invitaba bandas de *art rock* y exhibían cómics y “arte” que esos mismos chavos producían; una especie de Café Rave ambulatorio; bien loco todo el asunto. Recordó incluso cómo un día el tal Rubén Vizcaíno, un viejo periodista de la ciudad que también le hacía a la poesía, apareció inesperadamente en la galería de la biblioteca donde Contra-Cultura (menor) había organizado uno de estos eventos; al siguiente día publicó en el periódico local *El Mexicano* una nota donde destrozó lo que Sasha Daniel y su pandilla (“¡Jóvenes insolentes!”) hacían por aquel entonces en Tijuana. “¡Provocamos ruido! Si a los viejos no les gusta, seguro algo estábamos haciendo bien”, pensó ingenuamente Marijose.

VII

El tiempo pasó. Marijose también terminó la prepa. Se alejó de todos ellos. Contra-Cultura (menor) se desintegró. La escena local se calmó. La vida te lleva por diferentes caminos, así debe ser. *Life is cheap*.

VIII

Los momentos que Marijose pasó en compañía de esas personas durante sus últimos tres semestres en la preparatoria, varias de ellas únicas e irrepetibles, alegraron sus días mucho más que la música, el cine y la literatura que también le entusiasmaron desde aquella época; esos días indomables de juventud para siempre quedaron grabados en lo más profundo de su corazón. El camino que Marijose se trazó después

de graduarse de ahí le alejó de su ciudad natal y de la mayoría de esas personas. El destino le tenía otras sorpresas en puerta.

Sus casetes de la Trevi y las revistas *Eres* jamás supo dónde quedaron, ¿los regaló?, ¿los tiró? Quién sabe. Poco a poco fue cambiándolos por los CD de Jane's Addiction, Pixies y publicaciones como *Tierra Adentro* y *Moho*.

Entre los recuerdos que Marijose aún conserva de esa época guarda aquel *flyer* y una foto:



Atzimba Mondragón Galindo

Preparatoria 12

Apotegma

—¿Y llamaste a la policía, abuela?

Mi padre gesticula, manotea como siempre. No lo oigo, pero sé lo que está diciendo. Lo veo a la distancia como un mimo con fondo musical de Milky Chance, los bajos dibujan los movimientos. Bailo la cabeza y los hombros mientras valoro la furia en sus ojos. No me habla a mí, gruñe contra mi mamá, también, como siempre. Ella ya no trata de aclarar nada, hace tiempo que sólo dice que sí cansadamente, lastimosamente. Mi mamá no necesita audífonos para no oírlo. No importa qué indique mi *playlist*, la representación se ejecuta al ritmo, otra vez.

—Mevaleveeerga, tú sí comiste, ¿verdad? ¿Por qué no le puedes dar de comer a mi madre?

Sé que mi abuela no comerá y que dentro de poco tampoco tomará agua, lo tiene bien decidido. Lo supe cuando le pedí que me contara alguna anécdota de su vida para una tarea. La maestra dijo que los abuelos siempre tienen historias interesantes para contar, que les preguntáramos e hiciéramos una redacción con ello: No conocí a mi abuelo, murió cuando yo acababa de nacer, dicen que equivocó las dosis de unas pastillas, y mi padre heredó el negocio a pesar de que era quien conocía menos de él; pocas veces se arrimaba al trabajo. Mis tíos Fabián y Luis lo habían atendido desde que eran casi unos niños; sin embargo, mi padre era el preferido, el menor, dijo mi abuela. Siempre hay alguien preferido, también dijo.

Mi hermano Miguel murió atropellado la noche anterior a su cumpleaños. Estaba esperando para cruzar la avenida cuando una Pick up lo aventó y pasó sobre él. Era una noche muy negra, la luna se

había ido por un rato y se hacía la desentendida, un par de borrachos que salían del bar dijeron que sucedió rápido, dos rechinidos de llantas y la camioneta trazó en segundos la línea intermedia de la calle. Nadie supo más. Él también había estado en el bar y también estaba borracho. Muchas veces había hecho lo mismo y había cruzado bien y había llegado a su casa a tumbarse en el sillón. Vomitaba sobre el mueble y yo tenía que limpiar al día siguiente, tenía que esperar hasta que se despertara porque si llegaba antes me gritaba insultos para que lo dejara en paz. Desde entonces confundo la paz con dormir y no recuerdo bien ninguno.

No pensé que mi abuela me lo contara, desde que llegó sólo había dicho dos buenos días. El tío Fabián, el más grande, se fue a Estados Unidos poco después de que murió el abuelo y le mandaba dinero a mi tío Luis para la abuela. Luis comenzó a hacer trabajos aparte y estudió arquitectura, se casó con una compañera de la escuela; pocas veces los veíamos. Ahora ya no los vemos, se fueron a residir a Tabasco, por eso mi abuela vino a vivir con nosotros, no quiso ir con ellos tan lejos. Mi padre se enojó porque el tío Fabián no quiso mandar dinero para que la abuela fuera a un asilo, dice que ni siquiera le contestó los mensajes que le envió.

Mi hermano vivía en la esquina, allí donde ahora tu padre mete las camionetas. Éramos vecinos, tu abuelo y él eran muy amigos desde chicos, a todos lados iban juntos. Luego, Manuel y yo nos casamos y Miguel se quedó en la casa de mis padres. Nunca se casó, pero decía que tenía algunas novias a las que dejaba por puercas. Siempre fue mal hablado y bebía mucho. Borracho llegaba a gritarme y maldecirme como si yo tuviera la culpa de todos los males del mundo. Muchas veces tu abuelo lo escuchó y no dijo nada, lo acompañaba a su casa y se quedaba allá hasta que amanecía. Eran muy amigos. Algunos fines de semana se iban a cazar. Siempre hay alguien preferido.

Mi padre gesticula de nuevo, le jala el pelo a mi madre, otra vez como un juego. Le da un golpe en la mejilla izquierda cual púgil en práctica. Sin dejar de poner la mesa veo a mi madre que se tambalea

como muñeco de vaivén, recuerdo que hace años tenía uno de estos juguetes, me lo compró mi padre en una esquina mientras el rojo detenía el tránsito. Mi madre me mira de reojo y le dice que pare, que yo los estoy viendo. Mi padre sigue, tiene marcada la furia en su juego. La escena ahora tiene de fondo a Kaleo, y mis afiladas miradas repasan los huesos de mi madre.

Estaba lavando la carne para el menudo que me había pedido mi hermano por su cumpleaños. Tu tío Fabián entró a la cocina y se sirvió un vaso de leche, me preguntó si podía comerse la concha de chocolate y se sentó en la barra. Me miró poner a fuego manso la olla y con la misma tranquilidad con la que llegó me dijo que la noche estaba fría, que las nubes no tardaban en comenzar a llorar, que me pusiera un suéter y que fuera a recoger a mi hermano a la avenida, que lo acababa de matar porque estaba hartado de cómo me trataba y que seguramente el menudo sabría mejor de ahora en adelante.

—No. Era un niño. Tan joven como tú. Era mi hijo y sigue siéndolo, aunque se haya ido después de que tu abuelo tomara las pastillas y con esto me volviera a dejarme claro que Miguel era el favorito. Tu tío Fabián se fue lejos, para no seguir viendo mi callado reproche.

Escucho a Soda Stereo mientras doblo la ropa lavada y pienso los últimos toques para mi narración, mañana debo entregarla y aún estoy buscándole un título. Repaso sinónimos y conectores para algunas frases. Tengo los pies arriba del sillón en donde, medio sentada, duerme mi abuela su segunda siesta. Mi madre trapea la sala y me parece que alcanzo a verla mover los labios y cantar cómplice el verso que escucho ahora. Tiene marcas moradas en su brazo izquierdo y sé que envejece de más con cada noche; sin embargo, me abraza con una mirada que es como un eterno suspiro de vida. Yo sí me aseguraré de que mi madre coma.



Sergio Alexis Orozco Mendoza

Preparatoria 9

Trino

Mi padre lo trajo como invitado algunos días, puesto que más adelante tendría que partir al sur, allá donde las tierras son calientes y fértiles. Aquí rara vez el clima es bueno, unas veces llueve y en otras sale el sol. Es inconstante y misteriosa la forma en que se riga la vida en este sitio.

Me sacudí las hojas secas que se atoraron entre mi cabello y saludé a aquel hombre que estaba a un costado de mi padre. Noté que ambos traían el mismo crucifijo colgado sobre el cuello. Supongo que los traían de esas misiones espirituales de las que mi padre hablaba a cada rato. Él era un hombre de Dios, decía.

Después, llamó a Jesús, nuestro criado mudo, quien me cuidaba desde que yo era muy pequeño. Mi padre decía que era un pobre miserable que se había ganado mi corazón con su silencio, y en verdad había sido así. Él me cuidaba desde que mi madre partió. Aquel día nunca lo olvidaré, ella tomó su bolso y se fue enojadísima en su rojo coche, el cual, minutos después, se estrelló contra un alto poste, robándole la vida, o al menos eso me dijo mi padre. Lo cierto es que ni siquiera recuerdo su funeral.

Mi padre alojó al invitado en una habitación que se encontraba frente a la mía, a un costado de la escalera. Yo había cargado sus maletas y las había puesto sobre su cama y él, con sus ojos como de serpiente, me miró muy extraño, como si yo fuese una curiosidad en una estantería de alguna tienda.

En la cena, sus ojos no dejaban de observar su plato lleno de carne. Por un momento pensé que sería algo así como un vegetariano, pero en realidad prefería cenar en su cuarto, solo. Entonces mi padre asintió y dijo que haríamos todo lo que él desease, pues a los invitados

había que satisfacerlos en todo, afirmaba mi padre mientras miraba a Jesús y jugaba con el crucifijo entre sus dedos.

Cuando apenas me había quedado dormido, escuché que alguien tocaba a mi puerta y entonces miré el reloj: eran las tres de la madrugada. Enfadado me levanté y abrí, era aquel hombre, el cual a la luz de la luna parecía brillar como un reptil. Le pregunté que qué quería y él me respondió que sí podría darle un poco de leche, pero tibia. Me rasqué la cabeza y luego fui a servirle la leche en un vaso, se lo entregué y me fui a dormir, aunque él se quedó haciendo no sé qué cosas en el pasillo...

Al amanecer ayudé a Jesús a limpiar la casa y a sacudir los muebles. Después subí las escaleras para buscar a mi padre, quien estaba hincado junto aquel hombre mientras oraban. Él se volvió y me miró receloso e hizo un ademán para que me alejara, lo cual hice inmediatamente, ya que mi padre era muy estricto; en ocasiones, cuando estaba muy enojado, me golpeaba en las manos hasta dejármelas sangrando. Él decía que así aprendería a no desobedecerlo y a cumplir todo lo que me ordenase.

Recuerdo que, en una ocasión, bajé al sótano a buscar unas pelotas y encontré a mi padre sin pantalones y con una gallina medio muerta sosteniéndola por el cuello. Entonces, cuando me vio, se subió los vaqueros y se desfajó el cinturón para darme duro, pero yo corrí y abracé a Jesús, aunque éste no pudo hacer nada cuando mi padre me alcanzó y me dejó tirado y adolorido.

Regresé a la estancia de la casa, busqué a Jesús, pero no estaba, seguro se habría ido a comprar cosas para la comida. Decidí recostarme en uno de los sillones para esperarlo, pero cuando desperté estaba ese hombre mirándome, serio y con el ceño medio fruncido. Me senté y noté que estaba sudando, tenía mucho calor. Lentamente, se acercó y me tocó la frente húmeda, miró sus dedos y se los metió en la boca. Yo me quedé atónito. Después, se inclinó y besó mi frente susurrando: "Que Dios te bendiga". Pero a mí no me importaba si Dios me bendecía o no, sólo quería lavarme bien la puta frente.

Cuando oscureció, mi padre fue a llevarle un plato repleto de carne medio cruda y le deseó unas buenas noches, se subió y me dejó con

Jesús, quien cenaba sólo un pedazo de pan con agua. Yo me acerqué y le di uno de mis duraznos, pero él hizo un ademán de suficiencia y me sonrió. Entonces yo me zampé el durazno y me fui a dormir.

De nuevo, eran las tres de la madrugada cuando tocó a la puerta. Estaba harto, pero luego pensé en lo que mi padre me había dicho, puesto que tenía que satisfacer todo lo que me pidiera. Abrí y me miró, tenía algo extraño en la boca, como sangre. Le pregunté si estaba bien o si necesitaba ayuda, pero él sólo puso su dedo en mi boca, me empujó suavemente al interior de la habitación cerrando la puerta tras de él. Yo estaba sumamente ansioso. Él me pasó una mano sobre la cabeza y me quitó la playera, se acercó más a mí y me tomó de los hombros, dio un gran suspiro y se quedó viendo fijamente el techo, y mi corazón no dejaba de latir con la fuerza de 10 tambores. Incluso tenía el presentimiento de que podría escucharse en el silencio de la noche. Él acercó su nariz a mi cuello, me olió la nuca y luego la barbilla, acarició mi espalda con uno de sus dedos y me olfateó el pecho. Una sensación de asco apareció en mi estómago. Después se alejó y me dijo con un ronroneo: “estás casi perfecto”. Abrió la puerta y se marchó.

Era el tercer día que pasaba en esta casa aquel sujeto y yo había decidido hacer algo al respecto. No podía seguir viviendo en ese lugar. Deseaba un sitio sin crucifijos ni bizarras costumbres. Sin mi padre, sin su invitado, sin él. Así que me entregué a la tarea de pensar en un plan para huir de ahí. No obstante, el único problema era Jesús. No podía dejarlo mucho menos con aquel sujeto vagando por las noches.

Salí al vestíbulo, pero todo estaba silencioso como siempre. Parecía que no había nadie en casa, pero seguro Jesús dormía en su alcoba, en el último piso. Sabía qué era lo que tenía que hacer. Iría a la cocina, tomaría un cuchillo y lo escondería bajo mi almohadón. Pero apenas tenía dicho utensilio en mi mano, cuando una melodía conocida llegó a mis oídos. Era la canción de cuna que me recitaba mi madre cada noche. ¿De dónde venía?, ¿del exterior o de alguna habitación? Comencé a caminar lentamente, pues... ¿sería esto una casualidad? Sin embargo, al llegar a las escaleras, me percaté de que la música venía del sótano. Rápidamente abrí la puerta del lugar y una oscuridad sepulcral me recibió. Un olor a humedad y un montón de chillidos,

acompañados con la dulce melodía me invitaban a bajar. Mis manos, que aún sostenían el cuchillo, temblaban y sudaban. En mi interior, un pájaro quería romper las barreras de mi pecho y ser libre, pero ya había bajado el primer escalón y mi madre me había enseñado a terminar todo lo que comenzaba.

Al llegar abajo, me encontré en un sitio irreconocible: el lugar estaba lleno de espejos nuevos o sepultados en polvo u hollín. Del lado derecho había una tornamesa con un vinilo que tocaba la dulce melodía y en el centro de la habitación se levantaba la figura de un hombre.

Cuando me acerqué, noté que era una escultura de mármol. El hombre de piedra que me miraba tenía unos rasgos perfectos, pero con una mirada fría y melancólica. Comencé a girar alrededor de él, y podía ver a través de los espejos los prismas que formaban nuestros cuerpos. Estaba a punto de llegar al punto de inicio, cuando noté algo peculiar en su dedo índice: el anillo de mi madre.

El cuchillo se me resbaló de las manos y una saeta de luz me rebeló un charco de sangre bajo la tornamesa que ahora permanecía muda. Mi corazón dio un salto, pero tenía que saber de qué se trataba, por qué había sangre ahí. Sentía terror, asco... pero necesitaba saber qué había sucedido. Y al ver más, como si hubiera perdido la voz, me fue imposible gritar al mirar el rostro de Jesús con un crucifijo clavado en la cabeza.

Y sin verlo venir, una mano me tapó la boca y la otra me apretó el estómago. Quería vomitar. Forcejeé, pero era inútil, no podía zafarme. Al costado de mi oído su vibrante voz me dijo: “veo que has descubierto nuestro secreto, niño”. Yo quise patearlo, pero no podía. Él me había tirado al suelo y en los espejos lo único que se apreciaba eran sus ojos reptilianos y brillantes. Traté de gatear, pero él me sujetó y me arrastró hacia su pecho. Su aliento olía a muerte y sus manos, tan rasposas, se habían deslizado bajo mis pantalones.

Casi sin esperanza recordé el cuchillo que estaba tirado cerca de la escultura. Estiré mi mano para alcanzarlo, pero él se levantó y me pisó los dedos de la mano derecha hasta hacerlos reventar. El dolor era indescriptible. Las lágrimas nublaban mi vista y lo único que sentía era su lengua tallando mi cuello y sus dientes clavándose en el mismo.

Sin embargo, cuando di todo por terminado, y la oscuridad y el silencio me embargaron de nuevo, escuché la voz de mi madre: “en el interior del hombre, Trino”. Entonces, con la fuerza de un solo brazo, lo empujé hasta hacerlo estrellar con uno de los espejos, el cual estalló en mil fragmentos. Me situé atrás de la escultura y cuando el hombre estaba listo para atacarme de nuevo, empujé la escultura hacia él. La escultura, que al parecer pesaba mucho, se desplomó sobre aquel sujeto y cerrando mis ojos sólo escuché un alarido que pareció ser el de un monstruo. Pero, ¿acaso no lo era?

Jesús había muerto. El invitado estaba inconsciente, casi agonizante por el golpe en la cabeza y mi padre regresaría en cualquier momento. Yo, agachándome para recoger el anillo que tenía puesto la escultura, noté que en su interior yacía un esqueleto. El corazón se me apretó y la sien me palpitaba. Tenía que salir de ahí, antes de que mi padre regresara y se percatara de su inevitable muerte.



Samuel Aguilar López

Preparatoria Regional de Tuxpan, módulo Tecalitlán

La procesión

Por el Sur de Jalisco hay un pueblito que se llama Tecalitlán. Ahí nací y ahí viví hasta mi muerte. ¡Cómo recuerdo aquellos viejos tiempos, cuando los niños corrían libremente por las calles empedradas! Esos días de abril cuando salíamos a cazar mariposas con algunas yerbas que encontrábamos junto a las banquetas. Recuerdo mucho a Juan Pérez, amigo de mi infancia; me acompañó muchos años, fuimos compañeros de primaria; él se fue para el cerro y ya no supe más de él. Algunos dicen que vive en una cañada junto al río Maravillas, otros cuentan que su alma ya vaga por las copas de los árboles, silbando junto con el viento y cantando su canción “Mi ranchito”...

Sí..., yo también he oído que esto último le sucedió, pero nadie sabe a ciencia cierta lo que le ocurrió. Mi madre me decía que allá por un rancho llamado Los Pinares vivían sus padres, él y sus tres hermanas, lindas. Me acuerdo de Rosa y de Herlinda, la más chica no la recuerdo bien, pues su madre la tuvo en el rancho y sólo la trajo a registrar, dicen, a Tecalitlán, luego la vería sólo una vez y ya. De eso hace bastante tiempo, unos 40 o 50 años. Doña Licha era un alma de Dios: se quitaba el bocado por sus hijos y don Filemón también. ¡Pobre don Filemón, apenas si tenía para comer y así les quiso dar estudio a sus hijos! Pero el destino diría otra cosa.

Como decía, pues, la familia vivía allá por un rancho muy lejos de aquí; sus caminos eran tan difíciles de transitar que ni los cristeros pasaron por ahí. Decían que el sol sólo aparecía cuando pasaba por encima de su casa, pues las cañadas de los cerros eran tan pronunciadas que todo el día había sombra.

Pasaron los años y, cuenta la gente, que Juan creció y se hizo hombre. Medía como medio metro más que yo, tenía espaldas tan anchas

y un cuello tan grueso que parecía toro. No usaba guaraches porque le gustaba andar a “pata raíz”; en el rancho no se necesitaban. Tenía las manos tan anchas que el hacha no era más que un palillo en su poder; dicen que era muy diestro en el arte de pelear y que sólo lo hacía en caso de necesidad. Por sus características era el protector de sus hermanas.

Pasado el tiempo las hermanas de Juan crecieron y desearon casarse. Don Filemón, hombre sabio y prudente, les prometió que las llevaría de regreso a Tecalitlán *pa'* que buscaran marido, pero que él no se quedaría por mucho tiempo en el pueblo, pues sus animalitos lo necesitaban. El 5 de abril emprendió el camino a Tecalitlán, junto con su familia. Doña Licha, Rosa, Herlinda y Martina montaban hermosos caballos que el jefe de familia había criado para esta ocasión tan preciosa. Juan montaba un macho al que apodaba *El Quelele*, porque era tan veloz como dicha ave.

Habían iniciado su viaje a temprana hora y entre veredas y caminos anchos transitaron todo el día hasta el atardecer. Cerca de las 19:00 horas divisaron las casas del pueblo. Unas lucecillas a lo lejos y un viento fresco se hacía sentir en el rostro de esta familia señalando el fin del viaje.

Ese día llegaron con la hermana de don Filemón y ahí se hospedaron.

—Bienvenido, hermano. Pásate *pa'* que descansen. ¡Jacinta, *traí* la silla de Filemón y ponte el café de olla! —gritó doña Esperanza a su hija.

—Gracias, hermana, por tu hospitalidad. No quero darte muchas molestias.

—No es ninguna molestia, Filemón. Acuérdate que nuestros padres nos enseñaron este oficio de la hospitalidad. Ya le dije a Jacinta *pa'* que los acomode en el cuarto de arriba.

Doña Esperanza hacía algunos ayerres que había enviudado de don Terencio, su esposo fiel. ¡Cómo olvidarlo si era mi vecino! ¡Pos nomás eso me faltaba! Yo vivía al otro lado, en una casa de adobe. Muy grande, por cierto, tal como son las casas antiguas. La casa de doña Esperanza era tan grande que abarcaba toda la cuadra; dicen que antes

que yo naciera ahí era un mesón, lugar donde los viajeros llegaban a descansar y luego seguir su camino a Colima o a Ciudad Guzmán.

La noche había caído y todo mundo se fue a dormir. Había que descansar porque mañana sería Domingo de Ramos y era día del Señor. Los domingos son días de fiesta y en el pueblo la gente va a misa porque así debe ser.

Con el canto del gallo llegó el día y con éste la claridad. Era un lindo día de abril, como pocos que me tocó vivir y lo era más porque era Domingo de Ramos, día en que Nuestro Señor Jesucristo entró triunfante a Jerusalén y del cual saldría crucificado. Las manchas rojas del Cristo colgado en la pared de mi casa me avisaban que esa sangre correría ese día tan glorioso y que mis vecinos saldrían igual que Jesús: crucificados.

La procesión inició en la orilla del pueblo llamado El Platanarillo. El cura Gaspar Tenorio dio el visto bueno y comenzó el recorrido. A cuatro cuadras del lugar estaba don Filemón, Juan y sus hermanas sentadas en la puerta de la casa de doña Esperanza. Cuando pasaba la procesión por ahí el reloj marcaba las 10:10 horas, hora trágica, recuerdo.

—Hermosas damas, si ustedes desean las llevaré a dar una vuelta por el pueblo —dijo un parroquiano que acompañaba a la procesión. Sé que se llamaba Cástulo porque fue amigo de mi padre.

—Mis hijas no se mandan solas, señor, y si en algo puedo atenderlo aquí estoy a sus órdenes —contestó don Filemón.

—No cargo con ancianos sino con señoritas y si *usté* las puede no se hable más —dice el parroquiano.

Sin dar tiempo a nada don Filemón desenfundó su arma y acertó cuatro balazos a Cástulo. Éste cayó de bruces en las piedras y la gente corría por todos lados sin saber dónde refugiarse. Las gotas de sangre surcaban la cara de Cástulo: dos balas habían entrado en su cabeza, las otras dos en el corazón. El Domingo de Ramos había sido teñido con la sangre de un creyente, con sangre del Señor.

Entre la confusión de la gente don Filemón tomó a sus hijas y a su esposa y, montando en sus briosos caballos, desaparecieron del lugar huyendo por el camino del Platanarillo, camino que da *pa'l* cerro...

Han pasado los años y no he vuelto a saber de Juan y su familia; lo que sé es lo que me han contado, pero lo único que me consta es ese

evento trágico del 6 de abril de 1910, día que presagiaba los que unos meses más tarde se volvería una realidad.

Bueno, amigo mío, hasta aquí llego yo con mis mulas, tal vez nos volvamos a encontrar porque arrieros somos... y en el camino andamos.





Microrrelato

Ome Galindo Núñez

Preparatoria 8

Old fashion

—Qué vulgares se han vuelto los asesinos. ¿Verdad, Ricarda?

—Ni que lo digas. Ya decía mi Julio: “Todo tiempo pasado fue mejor”. Creo que a nuestra edad no deberíamos de estar viendo semejantes cosas.

—¡Y menos a nuestra edad! Con tanto impropio, la sociedad cada vez está peor.

—Ni que lo digas.

—¿Viste en las noticias acerca del carnicero del Parque Central?

—Claro que sí, Cleotilde. Todas las noches veo religiosamente el noticiero.

—¡Insisto! Qué vulgar es tirar a una mujer desnuda en el parque. Dejarla ahí... ¡Ay! Hasta se me eriza la piel de la espalda.

—Ya sé. Tan buena carne que puede salir de una muchachita de 23 años.

—Vulgaridades, Ricarda. Vulgaridades y nada más.



Máscara de la cordura

El famoso asesino de la Alameda acababa de tirar el cuerpo de su más reciente víctima en el canal. Sonreía al escuchar en la radio de su automóvil el complejo perfil psicológico que debía tener. Comentaban que eran ya 28 cuerpos encontrados con el mismo *modus operandi*.

—Qué idiotas. Hoy fue mi 36 —dijo para sí.

—Es el peor asesino que hemos tenido en el país. Su comportamiento es inhumano. Un perturbado que debe responder ante la justicia —las voces de la radio siguieron hablando sobre el sujeto que atacaba a muchachas indefensas—. Todas deben de tener extrema precaución con cualquier hombre que vean en las cercanías de la Alameda.

El auto se detuvo en el 2032 de la calle Ariel Aldama. La radio murió cuando Ana sacó sus llaves y salió rumbo a su departamento. En el brazo cargaba su gran bolso donde tenía las cuerdas y el cuchillo utilizados por su *alter ego*.



Juan

Salomé, vistiendo aún su traje de bailarina, entró al aposento de su madre. La princesa llevaba frente a ella una bandeja de plata; la dejó sobre el lecho y abandonó el lugar. En cuanto Herodías quedó a solas con su trofeo, comenzó a besar la cabeza cercenada del Bautista, reviviendo sus perversiones necrófilas y el amor que alguna vez él le negó.



En tres minutos

(11-09-92 21:18) 3028: 1012, 1012. Respondan.

(11-09-92 21:18) 1012: Aquí 1012. Cambio.

(11-09-92 21:19) 3028: 1012, aquí 3028. Necesitamos apoyo urgente. Tenemos un 410 en Independencia, esquina Malecón.

(11-09-92 21:19) 1012: Enterado, 3028. Procedemos a dirigirnos al 63.

(11-09-92 21:19) 3028: Deprisa, 1012.

(11-09-92 21:19) 1012: Enterado, 3028. Vamos en camino. Llegaremos al 63 en 15 minutos.

(11-09-92 21:22) 3028: ¿Están ahí?

(11-09-92 21:22) 1012: Afirmativo. Aquí 1012. Cambio, 3028. Estaremos ahí en 10 minutos.

(11-09-92 21:23) 3028: No, no, no... Verás, ése es justo el problema. No hay prisa. Verás... aquí ya se acabó todo. Pero te dejo aquí a tus compañeros del... ¿del qué?... del 3028. Cambio y fuera.



Rompecabezas

—Esto resuelve quién entró a la casa a robar. Ahora, empecemos a buscar quién dejó estos tres cadáveres mutilados en la sala del detective Dupin.



Mario Alberto Hernández Wenceslao

Preparatoria Regional de Tala

Tarde de verano

Tendido sobre el zacate seco y poco colorido del monte, mira con detenimiento hacia el cielo. Hace mucho tiempo que no podía hacerlo sin tener que preocuparse por nada y con la profunda calma con la que ahora lo hace. Recuerda con infinita tristeza a su padre y a aquellas tardes de verano en las que jugaban a encontrar figuras en las nubes.

—Mira, esa que está de ese lado parece una serpiente abriendo la boca.

—Esa otra parece un oso sonriendo.

Su padre tenía una increíble capacidad para hacerle ver en las nubes no sólo figuras de animales, sino otras cosas sorprendentes, como locomotoras, coches y naves espaciales.

Esta tarde de verano, el sol cala como nunca lo había hecho antes. Una hormiga sube por su brazo siguiendo el camino que ha dejado un hilillo de sangre. Por un momento cree ver dibujado el rostro de su padre entre las nubes. Sonríe levemente pero no puede evitar que una lágrima llegue hasta sus labios. Piensa en un mundo al revés. Imagina a las nubes jugando a encontrar figuras en los humanos.

—Mira, eso que está allá abajo parece un niño pateando un balón.

—Eso que va pasando a toda velocidad parece un caballo. Antes de cerrar los ojos piensa por última vez en lo que dirían esas nubes sobre él.

—Mira, eso que ves tendido sobre el pasto, parece un hombre muriendo.



El mudo

Al mudo le tocó estar en el lugar equivocado y en la hora menos indicada. Seguro hubiese preferido nacer ciego que mudo. Sin embargo, aquellos hombres de semblante tosco y poco hogareño no sabían que el mudo era mudo, ni él, por ser mudo, pudo jurar que a nadie jamás contaría lo que había mirado. Uno de los hombres sugirió que lo más sencillo sería acabar con su vida, pero uno de los otros, quizá cabecilla y jefe del grupo, en un instante de mínima compasión, manifestó que por esa noche no podía cargar en su conciencia con el peso de dos difuntos.

Desde aquel día, el mudo pasó a amolarse por completo, pues además de mudo ahora es manco. Lo que tampoco sabían aquellos hombres de apariencia hostil y amenazante era que el mudo, además, nunca aprendió a leer y a escribir, por lo que le resultaba, de algún modo u otro, prácticamente imposible confesar en algún momento lo que había pasado ese día. Ahora, el mudo le terminó por perder el sabor a la vida, ya ni siquiera es capaz de destapar las botellas de caguama, por las que tuvo que salir aquella trágica noche.



Amante de las letras

Desde hace algunos años había comenzado a ahorrar un tanto del dinero que ganaba por ser profesor. Guardarlo en el banco nunca había sido una opción. Despreciaba a ese tipo de instituciones por considerarlas una fiel muestra del capitalismo que tanto explotaba a la sociedad contemporánea.

Por otra parte, esconderlo debajo del colchón o en el cajón, junto a los calcetines y la ropa interior resultaba muy anticuado. De tal forma que si algún día un ladrón entrara a robar a su departamento (aunque fuese mínima la posibilidad), estos serían con seguridad los primeros lugares en los que hurgaría buscando objetos de valor. To-

mando en cuenta lo anterior, decidió esconder su dinero en el sitio donde creyó que ningún amante de lo ajeno podría encontrarlo: sus libros de poemas y cuentos localizados en el librero de la sala.

Lo que nunca imaginó fue que se llegara a cumplir ese bajo porcentaje de que alguien entrara a robar a su departamento, ni mucho menos que el ladrón fuera un amante de la literatura, egresado de una licenciatura en letras y por obvias razones desempleado y carente de dinero.



Pesadilla

Abrió los ojos. Todo fue una terrible pesadilla. Nunca hubo un virus que se expandió dejando muertes por todo el planeta. Nunca se suspendió su fiesta de graduación ni las fotos de gala que se tomaría con todos los compañeros de su grupo. Nunca se canceló el viaje a la playa y en verdad su equipo de fútbol, por fin después de tantos años, había ganado el campeonato. Fue a su computadora para jugar en línea ese videojuego de guerra y estrategias que tanto le gustaba. Un mensaje en una ventanilla emergente lo volvió a la realidad. Veinte actividades nuevas para ser enviadas en menos de 24 a través de la plataforma. Los profesores ya no dejan soñar como antes por culpa de los pinches chinos.



Dibujos animados

Temporada de patos. Temporada de conejos. Temporada de patos. Temporada de conejos. Son muchos los episodios en los que el viejo y gruñón cazador se ha visto enmarañado ante esa disyuntiva. Acabar con el carismático conejo o fulminar al pato loco y altanero de plumas negras.

Con el tiempo llega el momento en el que se vuelve cansado cargar con una pesada escopeta que en cuestión de segundos cambia de un blanco a otro. Temporada de patos. Temporada de conejos.

La primera detonación ahuyenta a un inocente canario amarillo que posaba atento sobre la rama de un árbol. Una mancha de sangre se desbalaga sobre la tierra árida. El conejo sin vida le ofrece su rabo al cielo. La segunda detonación hace correr despavorido a un inocente venado que había perdido su rumbo en búsqueda de su madre. Un montón de plumas negras se mecen delicadamente en el viento hasta caer al piso y ofrecerle una última caricia. El pato, un segundo antes de perder la vida, alcanzó a dibujar una leve sonrisa en su rostro que seguro dedicó a su asesino como muestra de agradecimiento.

El cazador no tendrá que preocuparse más por cargar su escopeta. La última bala va a incrustarse exactamente en medio de su frente. No hay razón para seguir con vida cuando se ha acabado con los dos enemigos que le otorgaban sentido a ella. Elmer, Buss y Lucas forman un triángulo inerte en medio de aquel solitario bosque. La caricatura ha finalizado. *The end.*



Natalia Concepción Betzabé López Madrueño

Preparatoria 9

Un mito

Una tarde de septiembre, entre sonrisas y café en mano conocí a un hombre que con su canción calmaba bestias y dotaba de sensibilidad algunas piedras. No debía mirarme y no debía mirarlo, pero su voz era tan hermosa que no pude evitar admirarlo.

Entonces mi suspiro.

Cuando llegó el silencio y se viró para encontrarme, ya nos habíamos perdido para siempre, y aunque sus ojos negros y profundos se encontraron con los míos, que ya lo amaban, tristes los dos, aceptamos que no podíamos pertenecernos. Él tenía a su Eurídice y yo a mi Orfeo.



De la ausencia y de la vida

Para mí era normal abrir y cerrar los ojos, algo mecánico cada mañana y cada noche, no apreciaba lo suficiente las complejidades y bellezas que esos actos me traían; los rayos del sol que a veces me encandilaban, el color del cielo en contraste con el movimiento de las nubes, o incluso la combinación de luces y oscuridad a velocidades extraordinarias que entran por ellos cuando parpadean, hasta que un día, simplemente así sin avisar, se quedaron pegados.



Él

Cuando lo conocí, en la parada del camión, me pareció muy raro, bello, pero raro, sobre todo porque me escuchaba aún sin conocerme. A pesar de que hablé y hablé por horas, nunca, NUNCA, me interrumpió. Ni siquiera cuando entré en detalles, normalmente eso le molesta a cualquier hombre, pero a él no, él siempre me escuchó... Jamás supe su nombre, de hecho, nunca me lo dijo. Intuí su nacionalidad por una estampita que me regaló, aún la tengo, es de Ciudad de Salta y tiene un mensajito mal escrito que dice: "Soy sordomudo *ay* con lo que guste cooperar".

Definitivamente no, no todo tiene solución, a él no lo volví a ver por más que lo busqué y ahora no puedo olvidar su hermoso e intranquilo silencio.



Xóchitl Ramírez Hernández

Preparatoria 7

La noche de los feos

La máscara los alivió, por primera vez salían a las calles sin temor a ser molestados, a saberse invadidos por la mirada de los otros. Se confundían entre los demás, se reconocían y olían su victoria enmascarada.

La pandemia los liberó y los puso en la calle libres, disfrutando de una normalidad ficticia hasta que al llegar a casa y despojarse del antifaz, el espejo les devolvía la certeza que seguían siendo los mismos.



Caída libre

Deseo
 olvidar,
 regresar,
 retornar,
 a la semilla



Génesis

Virus eres y en pandemia te convertirás... su voz fue de profeta y el pueblo probó de su existencia; ya nada se podía hacer, el hombre empezó a devorar la tierra, estaba en su naturaleza.

Desa/tino

El minotauro buscó desesperado a Ariadna, la presentía desde la eternidad y la atrajo a su laberinto; ella lo sabía, siempre fue complicado encontrar la salida a una vida con destino, él representaba el principio y el fin de su historia, mientras Teseo sólo conservó un pedazo de hilo roto.



Kintsugi

Los vidrios rotos tienen una historia que contar, las cicatrices en el cuerpo son marcas de batallas perdidas y que nos recuerdan que hemos sobrevivido al desastre, el japonés lo entendió y el occidental lo tiró a la basura.



Los días enmascarados

Eran dos personas solas, tristes y desesperadas envueltas en una pandemia que los fue devorando lentamente hasta que sólo quedó el miedo flotando en el aire en forma de virus.



María Guadalupe Corona Santana

Preparatoria Regional de Unión de Tula

Vivencias

Naces, creces e inicia el aprendizaje: ¡no subas!, ¡no bajes!, ¡no llores!, ¡no preguntes!, ¡no grites!

Pasan los años y no gritas, no opinas, no protestas, no participas, no sueñas, sólo sigues el camino de los demás.



Juanucho

Siempre había soñado con una noche romántica, a la luz de la luna, con el canto de los grillos y las aves nocturnas, alejada del ruido cotidiano y, claro, de las miradas indiscretas. Por fin se haría realidad mi sueño. Todo estaba planeado y fríamente calculado. Estaríamos en la cabaña de mis padres, el fin de semana, mi primo, mi compañera Ana y yo. Mamá permitió el paseo porque dijimos que iba la mamá de Ana, pero no, iríamos sólo los tres.

El sábado partimos muy temprano, al llegar a la cabaña nos dispusimos a preparar y limpiar las habitaciones, pronto se hizo de noche, se acercaba la hora en que llegaría Juanucho, mi novio. Abrí la ventana y un rayo de luz penetró indiscreto al aposento, la luna parecía ser cómplice de mi aventura, el olor a campo, a flores silvestres, los sonidos nocturnos, el cantar de los grillos. ¡Ah!, todo era perfecto. Sentí un escalofrío recorrer cada parte de mi cuerpo cuando vi a lo lejos la sombra de un hombre que poco a poco se acercaba, experimenté esa adrenalina, entre el deseo y lo prohibido, para hacer más interesante la situación me escondí tras las cortinas

del balcón, me impresionó la seguridad y la firmeza de los pasos del invitado, iba a dar un salto sobre él cuando escuché la voz seria e imponente de mi padre: “¡Alicia!, ¿por qué mantienes la luz apagada y el balcón abierto?”.



Dalia Dueñas Covarrubias

Preparatoria Regional de Tecolotlán, módulo Juchitlán

Mi hermano

Siempre me he considerado una princesa, aunque no lo sea, y creo que los culpables han sido mis padres y familia, pues pienso que esa ha sido la punta de lanza para desear todo y lo mejor que se pueda, sin darme cuenta que lo único que no puede adquirirse como un simple deseo es el amor, ese que llega y transforma lo que toca.

Así que hoy, ya entrada en años, con mucho por ofrecer y sin el amor de un buen hombre, mi familia se vio en la imperiosa necesidad de buscarme un caballero, y yo me he dejado convencer, por lo que fui invitada a una fiesta organizada en mi honor, con la gran mayoría de caballeros, solteros, sin compromisos y guapos, así que me “colgué hasta el molcajete” y ellos ni se diga: “paraban el tráfico” de lo bellos que se veían (la gran mayoría).

Estuve desde el inicio de la celebración, junto con mi familia y dimos la bienvenida a todos. Resultaba normal, hasta que llegó el soltero más codiciado del mundo y se posicionó frente a mí. Yo quise morir de la felicidad y puse mayor atención; sin embargo, él volteaba hacia mi derecha constantemente mientras conversábamos y llegó el momento en que deseé decirle que ingresáramos juntos a la celebración, pero él ya estaba sonriendo fervientemente a mi hermano.



Iván Rivera López

Preparatoria Regional de Tequila

Rompiendo las reglas

En un pueblo, y siendo el único médico, colgó un letrero que decía “Prohibido a todo mundo, sin excepciones automedicarse”.



Variedades

Existen tres tipos de personas, las que preguntan por todo y las que se quedan con la duda...



Siempre tuyo

Como de costumbre, cada tarde, fui a llevarte flores: rosas rojas, las dejé en el lugar de siempre, quise mirar a través de lo que nos separa, pero, como siempre, me fue imposible. Giré para marcharme y escuché tu voz diciéndome: “Jamás me dejes de amar”. Quise voltear; sin embargo, simplemente me eché a andar.



Soy lo que soy

Un caminante encontró un nuevo sendero, pero decidió seguir su camino.



El viaje

Una mañana de invierno subí a mi carro, lo encendí y comencé a manejar. Seguí manejando y lo más curioso es que aún no llego a mi destino.



Ricardo Tonatiuh Figueroa López

Preparatoria 12

Bombeante

Acumulaba todos los días y en grandes cantidades. Su cuerpo era el depósito. Le eran indispensables para subsistir, como el alimento mismo, y eran tan intensas que se enviciaba y nunca era suficiente. Ante el mundo; sin embargo, la medida total era su ánimo. Su corazón bombeaba, acelerado o tranquilo. Cuando la efervescencia química, abundante a veces de noradrenalina, otras de endorfina, cortisol u otra, estaba a punto volcánico, la careta de media luna de perlas frenaba el flujo verbal como una presa y entonces decía: “esta es más intensa y la disfruto más”. Su corazón bombeaba y bombeaba. Nunca eran suficientes: siempre más intensas. Hoy la vida no le sabe porque un día, mientras su corazón bombeaba, éste se dispuso como toda perfecta bomba y explotó.



Apatía

En la sala de espera de la clínica psicológica, los pacientes esperan su turno para entrar en algún consultorio. El ambiente es tan tenso hoy que hasta pueden oírse los pensamientos.

—Todo va a estar bien, no te angusties. Ya sabes qué hacer en estos casos.

—Además ya te van a atender. No entres en pánico.

—No puedo seguir con esto, ¿qué caso tiene? El mundo no me necesita.

—Es que no me acuerdo. Y si no me acuerdo, ¿qué le voy a decir?

—¿Inmadurez de mi parte? Le voy a demostrar...

—Pero sí me quiere. No es para tanto, yo no sé a qué vengo.

Y, entre ese mar de voces, la más silenciosa es la que se hace notar. La silueta que le corresponde se levanta sin más y se retira de inmediato, sin voltear siquiera. “Volveré cuando me importe”. Y ahora tres pacientes deben reagendar.



Ramón Zúñiga Montero

Preparatoria 20

Ellos saben

Al otro lado de la línea alguien levantó el teléfono.

—¿Diga?

—¡Gloria! Escúchame, no tengo mucho.

—¿Jack? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. Escucha, Gloria.

—Oh, Jack, gracias al cielo, ¿dónde estás?

—Por favor, Gloria, escucha, no tengo tiempo.

—Jack, ¿qué sucede? ¿Está todo bien?

—¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Quieres cerrar el maldito pico?

Esto es importante, Gloria. No tengo mucho tiempo, tienes que escucharme... Ya lo descubrieron, Gloria. ¡Maldita sea! Esto es...

—*Dése prisa, amigo* —dijo una voz extraña a su lado.

—Espere.

—¿Jack? ¿Quién es ése?

—Gloria, quémalo. Tienes que quemarlo, Gloria. Destruýelo. Me refiero a todo: los libros, los papeles, las cartas, las grabaciones, las fotografías, incluso las que guardo detrás del Blake.

—Jack ¿de qué estás hablando?

—*Apúrese.*

La lluvia golpeaba los paneles de vidrio de la cabina telefónica. Dentro, la luz era azul y blanca.

—Gloria, ¿quieres hacer el favor de cerrar la maldita boca y escucharme? Quémalo, Gloria. Todo.

—Jack, no lo entiendo, ¿quieres que *queme* todo tu trabajo? Es el trabajo de toda tu vida... ¡Oh, Dios, tus libros, Jack! Jack, no estarás hablando en serio.

—Sí, Gloria, estoy hablando muy en serio. ¡Quiero que quemes el maldito trabajo de toda mi maldita vida! ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes hacer eso por mí?

—No me grites, Jack, por favor, me estás asustando.

El marciano lo apuró encajándole unos dedos largos entre las costillas.

—¡Oiga!

—Jack, qué...

—Adiós, Gloria, tengo que irme. Te quiero, nena. Siempre te quise, desde la primera vez.

—¿Jack? ¡Jack!

La línea murió. Jack miró al marciano: la cabeza calva, los ojos amarillos, la piel morena.

—¿Cree que ella lo haga? —le preguntó entonces. Su voz sonaba como cualquier otra. Si no lo hace, daremos con ella, lo sabe.

—Lo hará. Le he dicho que lo haga, ¿no?

—Lo siento, amigo. —Parecía casi triste. El marciano miró al hombre, fascinado de su curiosa forma, de su inestabilidad.

—Ustedes simplemente no pueden mantener sus narices fuera de esto, ¿verdad?

—Toda mi vida yo...

Un arma de aspecto extraño se disparó.



Autores

Ana Gabriela González Martínez

(Guadalajara, Jalisco, 1987)

Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara (UdeG). Se desempeña como docente en la Preparatoria 12, en donde ha coordinado y participado en diversas actividades de promoción a la lectura para jóvenes.

Federico de Jesús Jiménez Huerta

(Guadalajara, Jalisco, 1983)

Profesor, tallerista y promotor de lectura y creación. Autor de los libros *Metamorfosis de aire* (STAUDEG, 2013), *La ves y no la crees. Poesía visual a dos manos* (CECA, 2016) y *Taco de ojo. Muestra de la poesía visual contemporánea de Guadalajara* (Amate, 2018). Ganador de los premios WineFest 2012, Adalberto Navarro Sánchez Poesía en 2015 y 2016.

Vanessa Cabuto Enríquez

(Guadalajara, Jalisco, 1988)

Profesora de la Preparatoria 12, es egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas de la UdeG. Estudiante de la maestría en Gestión y Desarrollo Cultural, del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, ha participado en diversos proyectos de promoción de lectura y creación literaria. Participa desde 2013 en el programa radiofónico *Luvina Joven Radio*.

Cina del Carmen Aguiñaga Morales

(San Ignacio Cerro Gordo, Jalisco, 1979)

Licenciada en Gestión Cultural por UdeG Virtual y profesora de inglés de la Preparatoria Regional de Arandas desde el 2007. Recientemente tiene una participación en la *Antología poética Mujer y Poeta en Los Altos de Jalisco*.

José de Jesús Aguilera Silva
(Guadalajara, Jalisco, 1984)

Egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas por la UdeG, es docente y promotor de lectura en la Preparatoria de Tonalá Norte. Colabora como reseñista en la revista *Apócrifa Art Magazine*.

Gabriela Guadalupe Sepúlveda Vázquez
(Guadalajara, Jalisco, 1984)

Licenciada en Filosofía por la UdeG y maestra en docencia por la Universidad Tecnológica de Guadalajara. Ha participado en distintas publicaciones como compiladora, investigadora, revisora técnica y autora. Ha trabajado en proyectos teatrales como actriz y ha participado en encuentros poéticos nacionales e internacionales. En la actualidad es miembro del Colectivo Poético Inubicables.

Andrea Lizbeth Guzmán Lima
(Tepatlán de Morelos, Jalisco, 1995)

Escritora, docente de preparatoria y promotora de la lectura. Licenciada en Letras Hispánicas por la UdeG. Becaria INTERFAZ 2018 e invitada del v Ciclo de Escritores Jóvenes visitan Cuévano. Parte de su obra está publicada en revistas literarias y de crítica, nacionales e internacionales.

Berónica Palacios Rojas
(Chapala, Jalisco, 1973)

Licenciada en Letras Hispánicas, maestra en Educación. Autora de *Nostalgias y herencias* (2003), *Corazón por fuera* (2006), *Ternura de luz ensimismada* (2007), *Chapala y el beso soñado* (2009), *Memoria Incendiada* (2011) y *Remanso de mil aguas* (2017). Premios: Primer lugar del Slam Poético en 2014; el STAUDEG 2015 por *El hombre mar* y el Premio Nacional 2016 por *El vuelo del ángel*. Directora de la Revista *Papalotzi*, de la cual es editora desde 2004. Cofundadora del Encuentro de poetas Francisco González León, de Lagos de Moreno, desde 2011.

Alma Yazmín López Magaña
(Guadalajara, Jalisco, 1982)

Estudió las licenciaturas de Filosofía, en la UdeG y Español en la Escuela Normal Superior de Jalisco. Realizó la maestría en Comunicación en el Departamento de Estudios de la Comunicación Social del CUCSH. Es maestra de tiempo completo en la Preparatoria de Tonalá Norte, en donde además coordina distintos concursos relacionados con la lengua española y hace difusión de la lectura a través de una sala llamada “Sorbos literarios”.

Miguel Marentes Ruiz
(Guadalajara, Jalisco, 1977)

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas con una maestría en Ciencias de la Educación por parte de ISIDM. Docente desde hace 22 años. Distribuye su profesión entre la docencia, talleres literarios y cursos relacionados con la lengua, la literatura y la edición.

Dante Alejandro Velázquez Limón
(Lagos de Moreno, Jalisco, 1973)

Arquitecto y maestro en Educación. Cronista colegiado de su ciudad natal, subdirector de la revista *Papalotzi* y docente de la Preparatoria Regional de Chapala. Autor de los libros *Púrpura* (2005), *La ciudad del rosal* (2008), *La tentación* (2009), *Última luz* (2015) y *El veneno y el olvido: Ruperto J. Aldana* (2020). Compilador de *Un canto me demanda, memoria de poesía laguense* (2011) y coautor de varios títulos. Organizador del Encuentro de poetas “Francisco González León”. Primer lugar de los concursos literarios “Adalberto Navarro Sánchez” (2013) y “Cincuentenario de Pedro Páramo” (2005). Becario del CECA Jalisco en 2019.

Víctor Villarreal Velasco
(Guadalajara, Jalisco, 1984)

Licenciado en Letras Hispánicas. Ha colaborado en diversas revistas literarias y antologías: *Porque a mí me bautizaron con un trago de tequila*,

Ojos que sí ven, El viento y las palabras, Poesía visual mexicana y *Mar de voces* en sus dos publicaciones. Es becario de CECA 2016 con la antología *La ves y no la crees*, y de la Secretaría de Cultura de Jalisco en 2018, con la antología *Taco de ojo*. En la actualidad es docente de la Preparatoria 11.

José de Jesús Cruz Flores

(Guadalajara, Jalisco, 1970)

Académico de la Preparatoria de Tonalá Norte, escribe teatro, narrativa y ensayos. Como periodista ha publicado en medios nacionales e internacionales y recibió el premio Nacional de Periodismo Ricardo Flores Magón (2018). Ha sido publicado en antologías literarias de Argentina, Bolivia, España, Chile y México. Su obra teatral *Manolo Gallosa* ha sido montada en Argentina y Panamá. Sus más recientes libros son: *¿Será que soy doctor?* (teatro) y *Con el olor de mil ciudades* (poesía).

Fátima Osuna Montes

(Amatitán, Jalisco, 1989)

Licenciada en administración, es bibliotecaria y docente de sexto semestre en la Preparatoria Regional de Amatitán desde hace tres años. Es presidenta de la Academia de Ciencias Sociales y promotora de lectura en la misma escuela. En la actualidad cursa la maestría en educación.

Christian Alejandro Anguiano Molina

(Guadalajara, Jalisco, 1993)

Es docente de la Preparatoria 10 en el área de Lengua y Literatura. Egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas y estudiante de la licenciatura en Escritura Creativa, ambas por la UdeG. Ha publicado en las revistas *Luvina*, *Himen*, *Larvaria*, entre otras. Ganador del VI concurso Luvina Joven 2016 en la categoría de ensayo. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el Curso de Creación Literaria para Jóvenes 2016 en la categoría de narrativa.

Andrea Cecilia Madrigal Sánchez

(Tala, Jalisco, 1993)

Egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas por la UdeG, En la actualidad es profesora de la Preparatoria Regional de Tala y mediadora de lectura en el Programa Nacional de Salas de Lectura y tallerista infantil literaria en el Instituto de Cultura Tala.

Héctor Adrián Ramos López

(Guadalajara, Jalisco, 1981)

Es docente en la Escuela Preparatoria 8, del área de humanidades y filosofía. Egresado de la licenciatura en Contaduría Pública y de la licenciatura en Filosofía por la Universidad de Guadalajara. Participa como coordinador de círculos de estudios de filosofía y estudios históricos. Es promotor de actividades culturales en distintos barrios de Guadalajara.

Álvaro Rico Chávez

(Cajititlán de los Reyes, Jalisco, 1965)

Es Licenciado en Sociología por la UdeG, maestro en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional y profesor en el Departamento de Humanidades y Sociedad de la Preparatoria 18.

Pedro Valderrama Villanueva

(Tijuana, Baja California, 1973)

Es docente de la Preparatoria 7, editor de la revista/fanzine DADA y director el proyecto Biblioteca de Autores de la Prepa 7 (BAP7) y el *Boletín de la BAP7*. Es autor de *El perímetro de la hoja. Las revistas literarias de Guadalajara [1991-2000]* (2007), *Detonación: Contra-Cultura (menor)* y *el movimiento fanzine de Tijuana [1992-1994]* (2014) y *En la orilla del tiempo. Antología de poetas jaliscienses nacidos entre 1967 y 1979* (en prensa). Es miembro del Seminario de Cultura Mexicana Corresponsalía Guadalajara.

Atzimba Mondragón Galindo

(Guadalajara, Jalisco, 1970)

Es licenciada en Letras y maestra en Estudios de Literatura Mexicana, por la UdeG. Es doctora en Humanidades con Línea en Teoría Literaria por la Universidad Autónoma Metropolitana. Tiene formación como promotora de lectura acorde con el Programa Nacional Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura, antes Conaculta. Es profesora investigadora en la Preparatoria 12 de la UdeG. Desde 2004 coordina la Sala de Lectura Rius, de la misma Preparatoria, donde desarrolla promoción de la lectura para jóvenes. Pertenece al colectivo voluntario Senderos de Lectura, el cual agrupa a mediadores de Jalisco para realizar actividades de animación a la lectura en municipios del estado.

Sergio Alexis Orozco Mendoza

(Guadalajara, Jalisco, 1997)

Imparte clases en la academia de Lengua y literatura de la Preparatoria 9 de la UdeG. Su gusto por la lectura y afición por la escritura creativa lo motivaron a especializarse en literatura y lingüística hispánica, también en la UdeG.

Samuel Aguilar López

(Ciudad Guzmán, Jalisco, 1965)

Estudió Ingeniería Química. Trabajó 10 años en la industria aceitera y luego regresó a trabajar a su pueblo. Desde el 2000 vive ahí y trabaja como docente en la Preparatoria Regional de Tecalitlán, de la UdeG.

Ome Galindo Núñez

(Guadalajara, Jalisco, 1986)

Es docente de Lengua y Literatura en la Preparatoria 8 e imparte talleres de análisis y de narrativa desde 2009. Gracias a su formación de maestro en Literatura Hispanoamericana, así como a la de licenciado en Letras Hispánicas, ha publicado en *Aproximaciones críticas en torno a la literatura*. Su obra ensayística y académica ha recorrido varias partes del continente, y en 2019 comenzó a publicar

sus textos, por los cuales ha ganado diversos concursos nacionales e internacionales. En la actualidad estudia el doctorado en Humanidades en la Universidad de Guadalajara, donde se especializa en la metaficción y la literatura fantástica.

Mario Alberto Hernández Wenceslao

(Tala, Jalisco, 1986)

Licenciado en Letras Hispánicas y maestro en Literaturas Comparadas por la UdeG. Desde hace seis años es docente en el área de comunicación de la Preparatoria Regional de Tala, de donde además es responsable del programa del fomento a la lectura y escritura. Fue seleccionado colaborador de *Mar de voces* en la edición 2018.

Natalia Concepción Betzabé López Madrueño

(Guadalajara, Jalisco, 1982)

Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas y un máster en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana, expedida por la Universitat de Barcelona. Escribe ensayo, cuento y minificción. Ha publicado en distintas antologías y revistas internacionales como *Íkaro*, publicada en Costa Rica y España, y en la *Antología de minificción mexicana*. Pertenece al colectivo de minificción internacional MP.

Xóchil Ramírez Hernández

(Guadalajara, Jalisco, 1969)

Maestra de Lengua y Literatura en la Preparatoria 7 de la UdeG. Egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas, promotora de lectura desde hace 25 años y fundadora de la primera Sala de Lectura del Estado de Jalisco, por el Conaculta.

María Guadalupe Corona Santana

(El Limón, Jalisco, 1962)

Licenciada en Educación, egresada de la UdeG Virtual. Es profesora de asignatura de la Escuela Preparatoria Regional de Unión de Tula, módulo Ejutla.

Dalia Dueñas Covarrubias

(Guadalajara, Jalisco, 1984)

Licenciada en Derecho por la UdeG y maestra en Educación con Intervención en la Práctica Educativa MEIPE en Unión de Tula, Jalisco. Cursa el doctorado en Ciencias de la Educación Familiar en el Instituto de Enlaces Educativos en la Ciudad de México. Es docente desde hace 10 años.

Iván Rivera López

(Hostotipaquillo, Jalisco, 1984)

Médico de profesión, es egresado de la UdeG. En la actualidad trabaja como profesor asociado B en la Preparatoria Regional de Tequila, en los módulos de la Venta de Mochitiltic y Hostotipaquillo, Jalisco.

Ricardo Tonatiuh Figueroa López

(Sayula, Jalisco, 1993)

Es licenciado en Letras Hispánicas por la UdeG y en la actualidad labora como docente en la Preparatoria 12 de la misma institución y es corrector de estilo.

Ramón Zúñiga Montero

(Guadalajara, Jalisco, 1986)

Docente en la Preparatoria 20 de la UdeG, imparte clases de historia, filosofía y literatura.

Índice

Presentación

César Antonio Barba Delgadillo

POESÍA 7

Ana Gabriela González Martínez 9

Preparatoria 12

Las tres estaciones	9
Tributo	10
Muerte prematura	11

Federico de Jesús Jiménez Huerta 12

Preparatoria 18

Galaxia	12
Rosa de los vientos	13
Faisán	14
Poema concéntrico en <i>tú</i>	15
Fibonacci	16

Vanessa Cabuto Enríquez 17

Preparatoria 12

La angustia del blanco	17
Sin sodio añadido	18

Cina del Carmen Aguiñaga Morales 20

Preparatoria Regional de Arandas

Incertidumbre	20
---------------	----

José de Jesús Aguilera Silva	22
Preparatoria de Tonalá Norte	
Mi amigo Artaud	22
 Gabriela Guadalupe Sepúlveda Vázquez	 26
Preparatoria 19	
Matamoscas	26
Pluma disfónica	26
Bajo su propio riesgo	27
 Andrea Lizbeth Guzmán Lima	 29
Preparatoria 19	
<i>Mi casa nunca está en silencio</i>	29
 Berónica Palacios Rojas	 30
Preparatoria Regional de Chapala	
No permitiré...	30
Bitácora de un suspiro	33
 Alma Yazmín López Magaña	 35
Preparatoria Tonalá Norte	
Ambrosía	35
Premura	35
Refulgente	36
 Miguel Marentes Ruiz	 38
Preparatoria 19	
Ciudad amurallada	38
Primavera OO	38
Bailando en fuego	39
 Dante Alejandro Velázquez Limón	 40
Preparatoria Regional de Chapala	
Geometría personal	40

Escarcha	41
Anuncio de ocasión	42
Víctor Villarreal Velasco	44
Preparatoria 11	
Ingredientes	44
Astronomía	44
Yo viví todas tus guerras	45
Mujeres inocentes	45
Sentimientos	46
CUENTO	47
José de Jesús Cruz Flores	49
Preparatoria de Tonalá Norte	
Los gatos de mi tía	49
Fátima Osuna Montes	53
Preparatoria Regional de Amatitán	
Rojo bermejo	53
Christian Alejandro Anguiano Molina	56
Preparatoria 10	
Sobre el iceberg	56
Andrea Cecilia Madrigal Sánchez	60
Preparatoria Regional de Tala	
<i>Reinita</i>	60
Héctor Adrián Ramos López	63
Preparatoria 8	
Esperando por la solidaridad	63

Álvaro Rico Chávez	67
Preparatoria 18	
Viernes 22 de mayo	67
Pedro Valderrama Villanueva	73
Preparatoria 7	
Otro jueves de <i>Café Rave</i>	73
Atzimba Mondragón Galindo	79
Preparatoria 12	
Apotegma	79
Sergio Alexis Orozco Mendoza	82
Preparatoria 9	
Trino	82
Samuel Aguilar López	87
Preparatoria Regional de Tuxpan, módulo Tecalitlán	
La procesión	87
MICRORRELATO	91
Ome Galindo Núñez	93
Preparatoria 8	
<i>Old fashion</i>	93
Máscara de la cordura	93
Juan	94
En tres minutos	94
Rompecabezas	95
Mario Alberto Hernández Wenceslao	96
Preparatoria Regional de Tala	
Tarde de verano	96
El mudo	97
Amante de las letras	97

Pesadilla	98
Dibujos animados	98
Natalia Concepción Betzabé López Madrueño	100
Preparatoria 9	
Un mito	100
De la ausencia y de la vida	100
Él	101
Xóchitl Ramírez Hernández	102
Preparatoria 7	
La noche de los feos	102
Caída libre	102
Génesis	102
Desa/tino	103
Kintsugi	103
Los días enmascarados	103
María Guadalupe Corona Santana	104
Preparatoria Regional de Unión de Tula	
Vivencias	104
Juanucho	104
Dalia Dueñas Covarrubias	106
Preparatoria Regional de Tecolotlán, módulo Juchitlán	
Mi hermano	106
Iván Rivera López	107
Preparatoria Regional de Tequila	
Rompiendo las reglas	107
Variedades	107
Siempre tuyo	107
Soy lo que soy	108
El viaje	108

Ricardo Tonatiuh Figueroa López	109
Preparatoria 12	
Bombeante	109
Apatía	109
 Ramón Zúñiga Montero	 111
Preparatoria 20	
Ellos saben	111
 Autores	 113

Mar de voces.
Antología literaria de docentes del SEMS 2020

Se terminó de editar en marzo de 2021
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657. Guadalajara, Jalisco.

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial
Ana Lilia Larios Solórzano

Diagramación y portada
María del Carmen Vázquez Murillo

